

**0801 19 Octava Parte Cap Tulos I Al**  
**Xix Anna Kar Nina**

**Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu). These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.**

**Contacto [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!**

Texto enviado por - **Dick Peck (Moore)** - - - - OCTAVA PARTE. I. Pasaron casi dos meses. Sólo a mediados de un caluroso verano Serguéi Ivánovich se dispuso a salir de Moscú. Durante ese tiempo se habían producido diversos acontecimientos en su vida. Hacía ya un año que había terminado su libro, fruto de seis años de trabajo, que llevaba por título Ensayo sobre los fundamentos y las formas de Estado de Europa y de Rusia. Algunos fragmentos del libro, así como la introducción, habían aparecido en publicaciones periódicas, y Serguéi Ivánovich había leído otras partes a personas de su círculo, de modo que las ideas de la obra no eran completamente nuevas para el público. Pero, de todos modos, esperaba que la aparición del libro causara sensación en la sociedad y produjera, si no una revolución en el mundo científico, al menos una profunda conmoción en el ambiente intelectual. Después de una minuciosa revisión, el libro había sido editado el año anterior y distribuido en librerías. Aunque no le preguntaba nada a nadie sobre el libro, respondía de mala gana y con fingida indiferencia a las preguntas de sus amigos y ni siquiera solicitaba información a los libreros sobre las ventas, Serguéi Ivánovich aguardaba con mirada vigilante y atención reconcentrada las primeras impresiones que suscitaría en la sociedad y en los medios literarios. Pero pasó una semana, luego otra y otra más, sin que se advirtiera ninguna reacción en el público. Sus amigos, especialistas y eruditos, a veces hablaban de él, sin duda por cortesía. Pero sus demás conocidos, a quienes no interesaba un libro tan especializado, ni siquiera lo mencionaron. Y en la sociedad, que especialmente en esos momentos estaba ocupada con otros asuntos, se recibió con total indiferencia. En cuanto a las revistas literarias, durante un mes no apareció ni un solo comentario al respecto. Serguéi Ivánovich había calculado con detalle el tiempo necesario para que se publicara alguna reseña, pero pasó un mes y luego otro, y seguía reinando el mismo silencio. Sólo en El Escarabajo del Norte en un artículo humorístico sobre el cantante Drabanti, que había perdido la voz, se decían de pasada unas palabras desdeñosas acerca del libro de Kóznishev, que ponían de manifiesto que el libro había sido condenado por todos y entregado a la irrisión general hacía mucho tiempo. Por fin, al tercer mes apareció una crítica en una revista seria. Serguéi Ivánovich conocía al autor. Habían coincidido una vez en casa de Golubtsov. Era un periodista muy joven y enfermo, con una pluma muy ágil, pero muy poco instruido y bastante tímido en las relaciones personales. A pesar de su desprecio total por el autor, Serguéi Ivánovich leyó la crítica con el mayor de los respetos. Era terrible. Por lo visto, el articulista había interpretado mal el significado del libro de manera deliberada. Pero había elegido las citas con tanta habilidad que para aquellos que no lo hubieran leído (y, evidentemente, casi nadie lo había leído) quedaba claro que la obra en su conjunto no era más que un cúmulo de palabras grandilocuentes, empleadas además con poco tino (lo que se indicaba con signos de interrogación), y que el autor del libro era un completo ignorante. Todo el artículo estaba escrito con tanto ingenio que ni siquiera Serguéi Ivánovich pudo dejar de admirarlo. Y eso era lo terrible. A pesar de la completa imparcialidad con que Serguéi Ivánovich analizó la justicia de los argumentos del articulista, ni por un momento se paró a pensar en los defectos y errores de los que se burlaba —era demasiado evidente que los había escogido a propósito—, pero involuntariamente empezó a recordar, hasta en los menores detalles, su encuentro con el articulista y la conversación que entablaron. «¿Acaso lo ofendí de alguna manera?», se preguntó. Y, al recordar que durante ese encuentro había corregido a aquel jovencito cuando dijo una palabra que demostraba su ignorancia, Serguéi Ivánovich encontró la explicación del tono de la crítica. Después de ese artículo se cernió sobre la obra un silencio de muerte: ni artículos en prensa ni comentarios de viva voz. Fue entonces cuando Serguéi Ivánovich comprendió que esa obra en la que había empleado seis años, realizada con tanto cariño y a costa de tantos esfuerzos, había pasado sin pena ni gloria. La situación de Serguéi Ivánovich era aún más penosa porque, una vez terminado el libro, ya no tenía que ocuparse de la labor intelectual que había consumido la mayor parte de su tiempo. Serguéi Ivánovich era un hombre inteligente, instruido, sano y activo, y no sabía en qué emplear su energía.

Las charlas de salón, los congresos, las reuniones, los comités, cualquier cónclave en el que pudiera hablar, absorbían parte de su tiempo. Pero, como había pasado casi toda la vida en la ciudad, no ponía toda su alma en esas conversaciones, como hacía su inexperto hermano cuando visitaba Moscú. Aún le quedaba mucho tiempo libre y mucha energía intelectual. Para su fortuna, en esos tiempos tan penosos por el fracaso de su libro, la cuestión eslava, que hasta entonces apenas había interesado a la opinión pública, robó protagonismo a otros asuntos, como las minorías raciales, los amigos americanos, el hambre en la región de Samara, las exposiciones de arte o el espiritismo, y Serguéi Ivánovich, que había suscitado esa cuestión, se consagró a ella por entero. En el círculo al que pertenecía Serguéi Ivánovich sólo se hablaba y se escribía de la cuestión eslava y de la guerra en Serbia. Todo lo que suelen hacer las muchedumbres ociosas para matar el tiempo se hacía en esos momentos en beneficio de los esclavos. Cualquier manifestación de la vida parecía llevar la marca de ese apoyo: bailes, conciertos, banquetes, discursos, atuendos femeninos, cervezas, tabernas. Serguéi Ivánovich no estaba de acuerdo con algunas de las cosas que se decían y se escribían al respecto. Se daba cuenta de que la cuestión eslava se había convertido en uno de esos temas de moda pasajeros que sirven de entretenimiento a la sociedad. Veía también que había muchas personas que se ocupaban de ese asunto por vanidad o por interés. Reconocía que los periódicos publicaban muchas noticias innecesarias y exageradas con el único propósito de atraer la atención y acallar a los demás. Observaba que en ese momento de entusiasmo general quienes más alzaban la voz y más se dejaban ver eran los fracasados y los resentidos: los generales sin ejército, los ministros sin ministerio, los periodistas sin periódico, los jefes de partido sin partidarios. No le pasaba desapercibido que muchas de las cosas que se decían eran ridículas y poco serias. Pero no podía dejar de reconocer ese entusiasmo indudable y creciente que unía a todas las clases sociales, con el que era imposible no simpatizar. La masacre de los correligionarios y hermanos eslavos había suscitado compasión por las víctimas e indignación por los verdugos. Y el heroísmo de serbios y montenegrinos, que luchaban por una noble causa, había generado en todo el pueblo el deseo de ayudar a sus hermanos ya no sólo de palabra, sino también de obra. Pero, además, había otra circunstancia que llenaba de alegría a Serguéi Ivánovich: la aparición de la opinión pública. La sociedad había manifestado su deseo de manera muy clara. El alma de la nación se había expresado, como decía Serguéi Ivánovich. Y, cuanto más se interesaba por ese asunto, más evidente le parecía que esa empresa alcanzaría proporciones enormes, marcaría una época. Por tanto, se entregó en cuerpo y alma a esa gran obra y se olvidó de su libro. Ahora estaba tan ocupado que ni siquiera tenía tiempo de responder a todas las cartas y peticiones que le dirigían. Después de trabajar toda la primavera y parte del verano, en el mes de julio se preparó para pasar unos días con su hermano en el campo. Pensaba descansar allí un par de semanas, precisamente en el santa sanctorum del pueblo, en lo más profundo del país, disfrutando del espectáculo de la aparición de ese espíritu popular, del que todos los habitantes de las dos capitales y de otras ciudades estaban convencidos. Katavásov, que desde hacía tiempo deseaba cumplir la promesa de visitar a Levin, decidió acompañarlo. II. Serguéi Ivánovich y Katavásov acababan de llegar a la estación de Kursk, especialmente animada ese día, y aún se estaban apeando del coche, mirando al criado que les seguía con los equipajes, cuando se acercaron cuatro carruajes llenos de voluntarios. Unas señoras con ramos de flores fueron a su encuentro y, acompañadas de una gran multitud, los condujeron al interior de la estación. Una de las señoras que había recibido a los voluntarios salió de la sala de espera y se dirigió a Serguéi Ivánovich. — ¿Usted también ha venido a despedirlos? —le preguntó en francés. —No, princesa. Me marcho de viaje. Voy a descansar unos días a casa de mi hermano. ¿Usted viene siempre a despedirlos? —preguntó Serguéi Ivánovich con una sonrisa apenas perceptible. — ¡Es lo menos que podemos hacer! —respondió la princesa—, ¿Verdad que hemos enviado ya ochocientos hombres? Malvinski no me quería creer. —Más de ochocientos. Si contamos a los que no han salido directamente de Moscú, su número asciende a más de mil —dijo Serguéi Ivánovich. —Ya lo ve. Lo que yo decía —añadió con alegría la señora—. ¿Es verdad que se ha recaudado ya casi un millón de rublos? —Más, princesa. — ¿Y qué me dice del telegrama de hoy? Otra vez han derrotado a los turcos. —Sí, lo he leído —contestó Serguéi Ivánovich. Hablaban del último telegrama que confirmaba que, durante tres días seguidos, los turcos habían sido derrotados en todos los frentes y habían huido, y que para la jornada siguiente se esperaba una batalla decisiva. —A propósito, hay un joven excelente que quiere partir como voluntario. Desconozco por qué le están poniendo tantas trabas. Lo conozco, y quería pedirle a usted que hiciera el favor de escribir una nota. Lo ha recomendado la condesa Lidia Ivánovna. Después de solicitar más detalles a la princesa sobre ese joven que quería partir como voluntario, Serguéi Ivánovich pasó a la sala de espera de primera clase y escribió una nota a la persona de la que dependía el asunto. — ¿Sabe que el célebre conde Vronski viaja también en ese tren? —preguntó la princesa, con una sonrisa triunfante y muy significativa, cuando volvió para entregarle la nota. —He oído decir que se marchaba, pero no sabía cuándo. Entonces, ¿va en este tren? —Lo he visto. Está aquí. Sólo lo acompaña su madre. En cualquier caso, es lo mejor que puede hacer. —Ah, sí, por

supuesto. Mientras hablaban, la muchedumbre pasó a su lado en dirección a la mesa en la que habían servido diversos manjares. También Kóznishev y la princesa se acercaron al lugar, desde donde llegaba la voz sonora de un señor que, con una copa en la mano, pronunciaba un discurso ante los voluntarios: —Vais a luchar por la fe, por la humanidad, por nuestros hermanos —decía aquel hombre, alzando cada vez más la voz—. Nuestra madrecita Moscú os bendice por esa noble empresa. ¡Viva! —concluyó con voz estridente y emocionada. —¡Viva! —gritaron todos los presentes. Acto seguido otra oleada de gente entró en la sala y estuvo a punto de tirar a la princesa. — ¡Ah, qué discurso, princesa! —exclamó Stepán Arkádevich, apareciendo de pronto en medio de la multitud, radiante de alegría—. ¿No es verdad que ha hablado con mucho calor y mucha elocuencia? ¡Bravo! ¡Ah, si está también aquí Serguéi Ivánovich! Estaría bien que les dirigiera unas palabras de ánimo. ¡Lo hace usted tan bien! —añadió con una sonrisa delicada, respetuosa y prudente, dándole un empujoncito en el brazo. —No, me marchó. — ¿Adonde? —Al campo, a casa de mi hermano —respondió Serguéi Ivánovich. —Entonces verá a mi mujer. Le he escrito, pero, como usted la verá antes, haga el favor decirle que ha hablado conmigo y que todo está all right. Ella lo entenderá. En cualquier caso, tenga la amabilidad de decirle que me han nombrado miembro de la comisión conjunta... Bueno, ya lo entenderá. Ya sabe usted, las pequeñas miserias de la vida humana —le dijo a la princesa, como disculpándose—. La princesa Miágkaia, no Liza, sino Bibiche, envía mil fusiles y doce enfermeras. ¿No se lo he dicho? —Sí, algo he oído —respondió Kóznishev de mala gana. — ¡Qué pena que se marche usted! —exclamó Stepán Arkádevich—. Mañana damos una comida a dos amigos que parten como voluntarios: Dimer-Bartnianski, de San Petersburgo, y nuestro Grisha Veselovski. Ambos se marchan. Veselovski se ha casado hace poco. ¡Es todo un valiente! ¿No es verdad, princesa? Ésta, sin responder, se quedó mirando a Kóznishev. El hecho de que tanto ella como Serguéi Ivánovich parecieran querer librarse de él no turbaba lo más mínimo a Stepán Arkádevich, que, sin dejar de sonreír, miraba la pluma del sombrero de la princesa o apartaba la vista, como intentando recordar alguna cosa. Al ver pasar a una señora con una hucha, la llamó e introdujo un billete de cinco rublos. —Es superior a mis fuerzas: mientras tenga dinero en el bolsillo, no dejaré de contribuir —dijo—. ¿Y qué le parece el telegrama de hoy? ¡Menudo valor tienen esos montenegrinos! — ¡Qué me dice! —exclamó, cuando la princesa le informó de que Vronski viajaba en ese tren. Por un instante el rostro de Stepán Arkádevich expresó tristeza, pero, al cabo de un minuto, cuando, atusándose las patillas, entró con sus pasos saltarines en la sala en la que se encontraba Vronski, Stepán Arkádevich ya se había olvidado por completo de sus desesperados sollozos ante el cadáver de su hermana y sólo veía en Vronski a un héroe y a un antiguo amigo. —Hay que hacerle justicia, a pesar de todos sus defectos —dijo la princesa a Serguéi Ivánovich en cuanto Oblonski se apartó de ellos—. ¡Un ruso de los pies a la cabeza, un temperamento típicamente eslavo! Lo único que temo es que a Vronski le disgustará verlo. Pueden decir lo que quieran, pero a mí me conmueve el destino de ese hombre. Hable con él durante el viaje —añadió. —Lo haré, si se presenta la ocasión. —Nunca me ha caído bien. Pero el detalle que ha tenido compensa muchas cosas. No sólo es que él mismo parta como voluntario, sino que el escuadrón que lleva lo ha pagado de su propio bolsillo. —Eso me han dicho. Sonó la campanilla. Todos se abalanzaron sobre las puertas. — ¡Ahí está! —exclamó la princesa, señalando a Vronski, que iba del brazo de su madre, ataviado con un abrigo largo y un sombrero negro de ala ancha. A su lado Oblonski comentaba alguna cosa con animación. Vronski, con el ceño fruncido, miraba al frente como si no oyera lo que Stepán Arkádevich estaba diciendo. De pronto, probablemente por indicación de Oblonski, se volvió hacia donde estaban la princesa y Serguéi Ivánovich, y se descubrió en silencio. Su rostro envejecido y marcado por el sufrimiento parecía petrificado. Una vez en el andén, Vronski dejó pasar a su madre y desapareció en silencio en un compartimento del vagón. Se oían los acordes del Himno Imperial ruso, Dios salve al zar seguidos de hurras y vivas. Uno de los voluntarios, un joven muy alto con el pecho hundido, saludaba con especial entusiasmo, agitando el sombrero de fieltro y un ramo de flores por encima de la cabeza. Por detrás asomaban dos oficiales, que también saludaban, y un hombre maduro de espesa barba con una gorra manchada de grasa. III. Tras despedirse de la princesa, Serguéi Ivánovich, acompañado de Katavásov, que se había acercado, entró en un vagón atestado, y el tren arrancó. En la estación de Tsaritsin el tren fue recibido por un armonioso coro de jóvenes, que cantaban Gloria a Ti. Los voluntarios volvieron a saludar, sacando la cabeza por la ventanilla, pero Serguéi Ivánovich no les prestó atención. Había tratado tanto con los voluntarios que los conocía bien y ya no le interesaban. Katavásov, en cambio, embebido en sus ocupaciones científicas, no había tenido ocasión de observarlos, y ahora mostraba un vivo interés y no paraba de hacerle preguntas a Serguéi Ivánovich. Éste le aconsejó que pasara a un vagón de segunda clase y hablara personalmente con ellos. En la siguiente estación Katavásov siguió su consejo. En cuanto el tren se detuvo, cambió de vagón y trabó conocimiento con los voluntarios. Iban sentados en un rincón, charlando ruidosamente, conscientes, sin duda, de que la atención de los pasajeros y de Katavásov, que acababa de entrar, estaba concentrada en ellos. El que hablaba más fuerte era el joven alto del pecho hundido. Por lo visto, estaba borracho y

contaba un incidente que le había sucedido en su escuela. Enfrente de él iba sentado un oficial ya maduro con una guerrera militar austriaca del uniforme de la Guardia. Escuchaba al muchacho con una sonrisa en los labios y trataba de hacerlo callar. A su lado, sentado en un baúl, había un tercer voluntario, con uniforme de artillería. Un cuarto voluntario dormía. Katavásov entabló conversación con el joven y se enteró de que era un rico comerciante moscovita que había dilapidado un gran patrimonio antes de cumplir los veintidós años. A Katavásov no le gustó porque era afeminado, mimado, de salud endeble. Por lo visto, estaba convencido, sobre todo ahora que estaba borracho, de que llevaba a cabo un acto de heroísmo y se jactaba de un modo bastante desagradable. El segundo, un oficial retirado, también le causó una impresión desagradable. Se veía que era un hombre que había pasado por todo. Había trabajado en el ferrocarril, había sido administrador, había dirigido fábricas, y hablaba de todo ello sin que viniera a cuento, empleando sin ninguna necesidad palabras rebuscadas. En cambio, el artillero le cayó muy bien. Era un hombre modesto y pacífico, que parecía intimidado por los conocimientos del oficial retirado y la heroica abnegación del comerciante, y que no decía nada de sí mismo. Cuando Katavásov le preguntó qué razones le habían inducido a marcharse a Serbia como voluntario, respondió con humildad: —Pues porque se van todos. Hay que ayudar a los serbios. Dan pena. —Sí, y andan especialmente escasos de artilleros como usted —dijo Katavásov. — No he servido mucho tiempo en artillería. Puede que me destinen a infantería o caballería. — ¿Cómo van a destinarle a caballería cuando lo que más se necesitan son artilleros? —preguntó Katavásov, suponiendo, por la edad del artillero, que debía de tener una graduación bastante alta. —No he servido mucho en la artillería; soy un junker retirado —respondió, y se puso a explicarle por qué no había superado el examen. ((“junker: palabra de origen alemán que designa a los suboficiales de origen noble”)) Todo eso, en conjunto, produjo en Katavásov una impresión desagradable. Cuando los voluntarios se apearon en la estación para tomar un trago, quiso compartir con alguien esa opinión desfavorable. Un viejecito vestido con capote militar había escuchado la conversación de Katavásov con los voluntarios. Una vez que se quedaron solos, Katavásov le dirigió la palabra: —Sí, qué distinta es la condición de estos hombres que marchan al frente —dijo de manera vaga, deseando expresar su opinión y al mismo tiempo enterarse de la del viejecito. Éste era un militar que había participado en dos campañas. Sabía lo que era un militar y, por el aspecto y la manera de hablar de esos señores, así como por la afición que mostraban a la botella, los consideraba malos soldados. Además, vivía en una capital de provincia, y le habría gustado contarle a Katavásov que de su ciudad había partido como voluntario un soldado retirado, borracho y ladrón, a quien nadie contrataba como trabajador. Pero, sabiendo por experiencia que, dado el estado de ánimo que reinaba en la sociedad, resultaba peligroso expresar una opinión contraria a la general, y, sobre todo, criticar a los voluntarios, se puso también a la defensiva. —Pues sí, allí necesitan hombres. He oído que los oficiales serbios no sirven para nada. —Ah, sí, pero éstos serán unos soldados excelentes —replicó Katavásov, con ojos risueños. Se pusieron a hablar de las últimas noticias recibidas, y ambos ocultaron lo sorprendidos que estaban de que se esperase una batalla para el día siguiente cuando, según las últimas informaciones, se había vencido a los turcos en todos los frentes. Y se separaron sin que ninguno de los dos hubiese expresado su opinión. Cuando regresó a su vagón, Katavásov le contó a Serguéi Ivánovich la impresión que le habían producido los voluntarios, pero lo hizo faltando a la verdad, dando a entender que eran unos muchachos excelentes. En la primera capital de distrito en la que se detuvo el tren, los voluntarios fueron recibidos de nuevo con cantos y gritos. Volvieron a aparecer hombres y mujeres con huchas, señoras que ofrecían ramos de flores a los voluntarios y los acompañaban a la cantina. Pero todo en menores proporciones y con menos entusiasmo que en Moscú. IV. Durante la parada del tren en esa capital de provincia, Serguéi Ivánovich, en lugar de dirigirse a la cantina, se puso a dar vueltas arriba y abajo por el andén. Al pasar por primera vez por delante del compartimento de Vronski, advirtió que la cortina de la ventanilla estaba echada. Pero, al pasar por segunda vez, vio al lado de la ventanilla a la vieja condesa, que le hizo señas para que se acercara. —Voy a acompañar a mi hijo hasta Kursk —dijo. —Sí, eso me han dicho —replicó Serguéi Ivánovich, deteniéndose al pie de la ventana y echando un vistazo en el interior del compartimento—, ¡Qué rasgo tan noble por su parte! —añadió, después de cerciorarse de que Vronski no estaba allí. —Sí, después de su desgracia, ¿qué otra cosa podía hacer? — ¡Qué suceso tan horrible! —exclamó Serguéi Ivánovich. — ¡Ah, no se imagina usted lo que he sufrido! Pero haga el favor de entrar... ¡Ah, lo que he sufrido! —repitió, una vez que Serguéi Ivánovich subió y se sentó a su lado—. ¡No puede usted imaginárselo! Se pasó seis semanas sin hablar con nadie, y sólo comía cuando se lo suplicaba. No podíamos dejarlo solo ni un momento. Tuvimos que quitarle todos los objetos con los que habría podido matarse. Vivíamos en la planta baja, pero aun así teníamos que estar pendientes de él todo el tiempo. Ya sabe usted que una vez se pegó un tiro por culpa de ella —dijo la anciana, frunciendo las cejas al recordarlo—. Sí, ha acabado como se merece acabar una mujer así. Hasta para morir eligió una solución vil y repugnante. —No nos corresponde a nosotros juzgar, condesa —dijo Serguéi Ivánovich con un suspiro—, pero entiendo lo duro que ha debido de ser para usted. — ¡Ah,

no me hable! Estaba pasando una temporada en mi finca y mi hijo vino a verme. Le trajeron una nota. Él escribió la respuesta y la envió. No sabíamos nada, pero ella estaba ya en la estación. Por la noche, apenas me había retirado a mi habitación cuando Mary entró para decirme que una señora se había arrojado debajo del tren en la estación. ¡Fue como si me hubieran dado un golpe! Comprendí que se trataba de ella. Lo primero que dije fue que no se lo comunicaran a él. Pero ya se lo habían dicho. Su cochero estaba allí y lo había visto todo. Cuando entré corriendo en su habitación, estaba fuera de sí. Daba miedo mirarlo. Sin pronunciar palabra, partió al galope para la estación. No sé lo que pasaría allí, pero lo trajeron medio muerto. Casi no lo reconocía. Postración completa, decía el médico. Luego entró en un estado de frenesí. ¡Ah, para qué hablar! —exclamó la condesa, haciendo un gesto con la mano—. ¡Qué días más horribles! No, diga usted lo que quiera, pero era una mala mujer. ¿A qué vienen esas pasiones desesperadas? Todo para demostrar algo especial. Pues ya ve usted lo que ha demostrado. Ha acabado con su vida y ha destrozado a dos hombres extraordinarios: su marido y mi desdichado hijo. —¿Y cómo está su marido? —Se ha hecho cargo de la niña. Al principio Aliosha se mostró conforme con todo. Pero ahora se arrepiente muchísimo de haber confiado su propia hija a un extraño. No obstante, ha dado su palabra, así que no puede echarse atrás. Karenin vino al entierro. Pero intentamos que no coincidiera con Aliosha. En cualquier caso, para él, para el marido, todo es más llevadero. Ha quedado libre. Pero mi pobre hijo lo había sacrificado todo por ella. Lo abandonó todo: abandonó su carrera, me abandonó a mí, y aun así no tuvo compasión de él. Lo ha destrozado por completo, y además de manera deliberada. No, diga usted lo que quiera, pero ha muerto como una mujer vil y sin religión. Que Dios me perdone, pero, al ver la ruina en que se ha convertido mi hijo, no puedo por menos de maldecir su memoria. —¿Y cómo se encuentra ahora? —Dios nos ha ayudado con esta guerra en Serbia. Yo ya soy muy mayor y no entiendo nada de estas cosas, pero le digo que es algo que Dios le ha enviado. Naturalmente, como madre, estoy aterrada; y, sobre todo, parece que no ha sido bien visto en Petersburgo. Pero ¡qué le vamos a hacer! Sólo algo así puede reanimarle. Su amigo Yashvín lo perdió todo y decidió marcharse a Serbia. Pero antes vino a ver a Alekséi y le convenció para que le acompañase. Ahora se ha interesado en todo este asunto. Haga el favor de hablar con él. ¡Me gustaría tanto que se distrajera! Está muy triste. Y, por si fuera poco, le duelen las muelas. Se alegrará mucho de verle. Haga el favor de hablar con él. Hable con él, se lo ruego. Está paseando por allí. Serguéi Ivánovich dijo que lo haría con mucho gusto y pasó al otro lado del tren. V. Envuelto en la oblicua sombra que proyectaban a la luz de la tarde los sacos apilados en el andén, Vronski, con su capote largo, el sombrero sobre los ojos, las manos en los bolsillos, se paseaba como una fiera enjaulada, volviéndose bruscamente cada veinte pasos. Cuando Serguéi Ivánovich se acercó, tuvo la impresión de que Vronski fingía no verlo, pero no concedió la menor importancia a ese detalle. Tratándose de él, estaba dispuesto a pasarlo todo por alto. A ojos de Serguéi Ivánovich, Vronski era en esos momentos un adalid importante de una gran causa y consideraba su deber animarle y manifestarle su apoyo. Se acercó a él. Vronski se detuvo, se lo quedó mirando, lo reconoció, dio unos pasos hacia él y le estrechó con mucha fuerza la mano. —Es posible que no tenga usted ganas de verme —dijo Serguéi Ivánovich—, pero ¿no podría serle útil de alguna manera? —Es usted la persona a quien menos me disgusta ver —respondió Vronski—. Perdóneme. Pero los placeres de la vida han acabado para mí. —Lo entiendo, por eso quería ofrecerle mis servicios —dijo Serguéi Ivánovich, examinando el rostro de Vronski, con huellas evidentes de dolor—. ¿No le vendría bien una carta para Ristich o para Milán? — ¡Oh, no! —exclamó Vronski, como si le costara trabajo entender lo que le estaban diciendo—. Si no le importa, demos un paseo. En los vagones se ahoga uno. ¿Una carta? Muchas gracias, pero no. Para morir no se necesitan recomendaciones. A menos que sean para los turcos... —añadió, sonriendo sólo con los labios. Los ojos seguían mostrando una expresión de airado sufrimiento. —Sin embargo, ya que no puede evitar usted esa clase de contactos, ¿no le facilitaría las cosas poner sobre aviso a quien corresponda? En cualquier caso, como usted quiera. Me alegré mucho cuando me enteré de su decisión. Se ha criticado mucho a los voluntarios, pero la participación de usted los rehabilitará ante la opinión pública. —Soy un hombre valioso para la causa porque la vida no tiene la menor importancia para mí —dijo Vronski—. Sé que aún me quedan energías suficientes para atacar una formación enemiga y desbaratarla o morir en el intento. Me alegro de haber encontrado un ideal al que sacrificar una vida que, además de no necesitar, se me ha vuelto odiosa. Ojalá pueda servirle a alguien —añadió, haciendo un movimiento de impaciencia con la mandíbula, motivado por el incesante dolor de muelas, que le impedía incluso hablar con la expresión que habría querido. —Le auguro que va a renacer usted a una nueva vida —dijo Serguéi Ivánovich, conmovido—. Liberar a nuestros hermanos del yugo que les oprime es una causa digna de la muerte y de la vida. Que Dios le conceda éxito en las cosas del mundo y paz en las del alma —concluyó, tendiéndole la mano. Vronski se la estrechó con fuerza. —Sí, como instrumento aún puedo servir para algo, pero como hombre no soy más que una ruina —dijo, separando mucho las palabras. El espantoso dolor de muelas, que le llenaba de saliva la boca, le impedía hablar. Guardó silencio y se quedó mirando las ruedas de un tónder que se deslizaba con suavidad y

lentitud por la vía. Y de pronto un sentimiento completamente distinto, no de dolor, sino más bien una suerte de angustioso desasosiego interior, le hizo olvidarse de las muelas. La visión de ese tónder y de esa vía, bajo la influencia de la conversación con un conocido al que no había vuelto a ver desde su desgracia, le trajo a la cabeza el recuerdo de Anna, es decir, de lo que quedaba de ella cuando entró corriendo como un loco en la caseta de la estación: sobre una mesa, el cuerpo ensangrentado, en el que hacía poco aleteaba la vida, tendido impudicamente en medio de desconocidos; la cabeza intacta, echada hacia atrás, con las espesas trenzas y los cabellos rizados en las sienas, y en el rostro encantador, con la purpúrea boca entreabierta, una expresión extraña y lastimosa en los labios y horrible en los ojos inmóviles y sin cerrar, como si estuviera pronunciando esas palabras terribles que le había dicho durante su última discusión: «Se arrepentirá usted». Y trató de recordarla tal como era cuando la vio por primera vez, también en una estación: misteriosa, fascinante, afectuosa, buscando y repartiendo felicidad, no esa mujer cruel y vengativa en que se había convertido en los últimos tiempos. Trató de recordar sus mejores momentos con ella, pero estaban envenenados para siempre. Sólo podía imaginársela triunfante, después de haber cumplido su amenaza de castigarle con un remordimiento tan innecesario como imperecedero. Dejó de sentir el dolor de muelas, y los sollozos le contrajeron el rostro. Después de pasar dos veces en silencio por las inmediaciones de los sacos, Vronski logró dominarse y se dirigió con calma a Serguéi Ivánovich: — ¿No se ha recibido ningún otro telegrama después del de ayer? Sí, los han derrotado por tercera vez, pero se espera para mañana una batalla decisiva. Y, después de referirse a la proclamación de Milán como rey y a las enormes consecuencias que podía tener este hecho, se separaron tras la segunda llamada, dirigiéndose cada uno a su vagón. VI. Como no sabía cuándo podría salir de Moscú, Serguéi Ivánovich no había telegrafiado a su hermano para que alguien fuera a recogerle. Levin no estaba en casa cuando, pasadas ya las once, Katavásov y Serguéi Ivánovich, negros de polvo, se presentaron en la escalinata de la casa de Pokróvskoie en un coche que habían alquilado en la estación. Kitty, que estaba en el balcón con su padre y su hermana, reconoció a su cuñado y bajó corriendo para recibirlo. — ¿Cómo no le da vergüenza no habernos avisado? —dijo, tendiéndole la mano a Serguéi Ivánovich y ofreciéndole la frente para que se la besara. — Hemos llegado de maravilla y no les hemos molestado —respondió Serguéi Ivánovich—. Estoy tan cubierto de polvo que me da miedo tocarla. He estado tan ocupado que no sabía cuándo podría escaparme. Siguen ustedes como siempre —añadió sonriendo—, gozando de una felicidad tranquila en este remanso que está al abrigo de todas las corrientes. Nuestro amigo Fiódor Vasilevich por fin se ha decidido a acompañarme. — No soy ningún negro. Cuando me lave, volveré a parecer una persona —dijo Katavásov con ese tono zumbón que solía emplear, mientras le alargaba la mano y esbozaba una sonrisa que dejaba al descubierto sus dientes, particularmente brillantes en su rostro ennegrecido. — Kostia se alegrará mucho. Ha ido a la granja. Ya tendría que haber vuelto. — Siempre ocupado con las tareas de la finca. La verdad es que esto es un remanso de paz —dijo Katavásov—. Y nosotros, en la ciudad, no nos ocupamos de otra cosa que de la guerra en Serbia. ¿Cómo ve las cosas nuestro amigo? Seguro que tiene una opinión distinta a la de los demás. — No, piensa lo mismo que todos —replicó Kitty, mirando con cierta turbación a Serguéi Ivánovich—. Voy a mandar a alguien en su busca. Mi padre está con nosotros. Ha regresado hace poco del extranjero. Y, después de ordenar que avisaran a su marido, de indicar dónde podían lavarse los invitados, uno en el despacho y otro en la habitación que había ocupado Dolly, y de encargarse del desayuno para ellos, aprovechando la libertad de movimientos de que había estado privada durante el embarazo, entró corriendo en el balcón. — Son Serguéi Ivánovich y el profesor Katavásov —dijo—. ¡Lo que nos faltaba con este calor! —replicó el príncipe. — No, papá, es muy simpático, y Kostia le quiere mucho —dijo Kitty con una sonrisa, como suplicando algo, cuando advirtió la expresión irónica de su padre. — Pero si no he dicho nada. — Vete a verlos, querida, y entreténlos un rato —añadió Kitty, dirigiéndose a su hermana—. Han visto a Stiva en la estación. Dicen que está bien. Voy a ir a ver a Mitia. No le he dado el pecho al pobre desde el desayuno. Seguro que se ha despertado y está llorando. — Y, sintiendo que la leche le fluía al pecho, se dirigió rápidamente a la habitación del niño. No es que lo hubiera adivinado (su vínculo con el niño aún no se había roto), sino que estaba segura: la afluencia de leche le indicaba que el niño tenía que comer. Aún antes de llegar a la habitación, sabía que el niño estaría llorando. Y así era. Al oír sus gritos, apretó el paso. Pero, cuanto más rápido iba, más fuerte se hacía el llanto. Era la voz normal de un niño sano, hambriento e impaciente. — ¿Hace mucho que llora, aya? —preguntó apresuradamente, sentándose en una silla y preparándose para darle el pecho—. Démelo en seguida. ¡Ah, aya, qué pesada es usted! ¡Ya tendrá tiempo de atarle el gorrito más tarde! El niño se ahogaba de tanto llorar. — Así no se pueden hacer las cosas, madrecita —replicó Agafia Mijáilovna, que ahora se pasaba casi todo el tiempo en la habitación del niño—. Hay que arreglarlo como es debido. ¡Ba, ba, ba! —le cantaba, sin hacer caso a la madre. El aya le entregó el niño a Kitty. Agafia Mijáilovna la siguió con una expresión de serena ternura. — ¡Me conoce! ¡Me conoce! Se lo juro por Dios, madrecita Katerina Aleksándrovna. ¡Me ha reconocido! —gritaba Agafia Mijáilovna más fuerte que el niño. Pero Kitty no la escuchaba. Cuanto más se



impacientaba el niño, más se impacientaba ella. Esa misma impaciencia fue la causa de que tardaran tanto en arreglarlo todo. El niño no agarraba bien el pecho y se irritaba. Por fin, después de un grito desesperado, que casi le dejó sin aliento, y de otro intento fallido, encontró lo que buscaba, y tanto la madre como él se calmaron y se aquietaron al mismo tiempo. —Está todo cubierto de sudor, el pobre —dijo Kitty en un susurro, tocando al niño—. ¿Y por qué cree usted que la ha reconocido? —añadió, mirando de soslayo los ojos del niño, tapados por el gorrito, en los que le parecía entrever una mirada maliciosa, las mejillas que se hinchaban regularmente y las manitas de palmas rojizas, con las que hacía movimientos circulares—, ¡No puede ser! De haber reconocido a alguien, me habría reconocido a mí —dijo Kitty, en respuesta a la afirmación de Agafia Mijáilovna, y sonrió. Sonreía porque, aunque decía que no podía reconocer a nadie, en el fondo de su corazón sabía que no sólo reconocía a Agafia Mijáilovna, sino que lo sabía y lo comprendía todo; que sabía y comprendía muchas cosas que nadie sabía y que ella, su madre, sólo había llegado a comprender gracias a él. Para Agafia Mijáilovna, para el aya, para el abuelo e incluso para su padre, Mitia era un ser vivo que únicamente requería cuidados materiales. Pero para la madre hacía mucho tiempo que era una criatura dotada de facultades morales, con la que le unía ya toda una historia de relaciones espirituales. —Cuando se despierte, si Dios quiere, lo verá usted con sus propios ojos. En cuanto le hago así, se pone todo contento, mi tesoro. Y resplandece como un día de sol —decía Agafia Mijáilovna. —Bueno, bueno, de acuerdo, ya lo veremos —susurró Kitty—. Ahora váyase. Se está quedando dormido. VII. Agafia Mijáilovna salió de puntillas. El aya corrió las cortinas, sacudió el velo de muselina que cubría la cuna para protegerla de las moscas, echó a un moscardón que zumbaba en la ventana y se sentó, abanicando a la madre y al niño con una rama seca de abedul. — ¡Ah, qué calor hace! ¡Qué calor! Ojalá nos mandara Dios un poco de lluvia —exclamó. —Sí, sí. Chis... —se limitó a responder Kitty, meciéndose suavemente y apretando con ternura el rollizo bracito, como apretado por un hilo a la altura de la muñeca, que Mitia agitaba débilmente, tan pronto abriendo como cerrando los ojos. Ese bracito tentaba a Kitty: le habría gustado cubrirlo de besos, pero no se atrevía a hacerlo por temor a despertar al niño. Por fin, el bracito dejó de moverse y los ojos se cerraron. Sólo de vez en cuando, mientras seguía mamando, alzaba sus largas pestañas curvas y miraba a su madre con sus ojos húmedos, que en esa semipenumbra parecían negros. El aya dejó de abanicarlos y se quedó traspuesta. Desde la planta de arriba llegaba la voz tonante del viejo príncipe y las carcajadas de Katavásov. «Por lo visto, han entablado conversación sin necesidad de que yo esté presente —pensó Kitty—. De todas formas, es una pena que no esté Kostia. Probablemente ha vuelto a pasarse por las colmenas. Aunque me apena que vaya allí tan a menudo, reconozco que le viene bien. Así se distrae. Ahora lo noto más alegre y de mejor humor que en primavera. Estaba tan desanimado y se atormentaba tanto que empecé a preocuparme por él.» — ¡Y qué gracioso es! —murmuró con una sonrisa. Sabía qué era lo que atormentaba a su marido: su falta de fe. Si le hubieran preguntado si creía que su marido se condenaría en la otra vida por su incredulidad, habría respondido que sí, pero de todos modos esa incredulidad no la hacía desdichada. Aunque reconocía que no podía haber salvación para los no creyentes y aunque amaba a su marido más que a nadie en el mundo, no podía dejar de sonreír cuando pensaba en su incredulidad y se decía que era gracioso. «¿Para qué se habrá pasado todo el año leyendo esos libros de filosofía? —se preguntaba—. Si en esos libros se aclaran todas esas cosas, lo entenderá. Pero, si lo que dicen es mentira, ¿para qué molestarse en leerlos? Él mismo dice que le gustaría creer. Entonces, ¿por qué no cree? Seguramente porque piensa demasiado. Y piensa demasiado por culpa de la soledad. Está todo el tiempo solo. Y estas cosas no puede hablarlas con nosotros. Seguro que se alegra de la llegada de su hermano y de Katavásov, sobre todo de este último. Le gusta discutir con él —pensó, y acto seguido se preguntó dónde sería mejor que durmiera Katavásov, con Serguéi Ivánovich o en otra habitación. Y se le pasó por la cabeza una idea que le hizo estremecerse de inquietud e incluso sobresaltó a Mitia, que la miró con aire severo—. Temo que la lavandera aún no haya traído la ropa blanca y que les pongan a los invitados sábanas usadas. Si no doy las órdenes oportunas, Agafia Mijáilovna pondrá en la cama de Serguéi Ivánovich sábanas sucias.» Sólo de pensarlo, la sangre le afluyó a las mejillas. «Sí, tengo que ir a ver —decidió, y, volviendo a sus reflexiones anteriores, recordó que se había interrumpido en una cuestión importante relativa al alma, y se preguntó qué podría ser—. ¡Ah, sí! Kostia no cree —se dijo, de nuevo con una sonrisa—. ¡Vale, no cree! Pero más vale que siga siendo así que como madame Stahl o como quería ser yo cuando vivía en el extranjero. No, él no es capaz de fingir.» Y se representó con todo detalle un rasgo reciente de su bondad. Hacía dos semanas Dolly había recibido una carta de su marido en la que se mostraba arrepentido y le suplicaba que salvara su honor, vendiendo su finca para saldar las deudas que había contraído. Dolly estaba desesperada, se debatía entre el odio, el desprecio y la compasión a su marido, y acariciaba la idea de separarse y negarle lo que le pedía. Pero acabó consintiendo en vender una parte de la hacienda. Kitty recordó, con una sonrisa involuntaria de ternura, la confusión de su marido, sus torpes y repetidos intentos de abordar esa cuestión y el modo en que acabó encontrando la única solución para ayudar a Dolly sin ofenderla:

proponer a Kitty que le cediera su parte de la hacienda, algo que a ella misma no se le había ocurrido. «¿Qué clase de incrédulo es? ¡Con ese corazón que tiene, con ese temor de ofender a cualquiera, incluso a un niño! Lo da todo para los demás y no se queda nada para él. Serguéi Ivánovich piensa que Kostia tiene la obligación de ser su administrador. Y también su hermana. Y ahora Dolly y sus hijos también están bajo su tutela. Y a eso hay que añadir todos esos campesinos que vienen a verlo a diario, como si estuviera obligado a servirlos.» —Ojalá seas como tu padre, sólo como él —dijo, entregándole el niño al aya, no sin antes rozarle la mejilla con los labios. VIII. Desde el momento en que Levin vio morir a su querido hermano y analizó por primera vez la cuestión de la vida y de la muerte a la luz de sus nuevas convicciones, como las llamaba él, que de manera imperceptible, en el período comprendido entre los veinte y los treinta y cuatro años de edad, habían sustituido a las creencias de su infancia y adolescencia, se sintió horrorizado, no tanto de la muerte como de la vida, ya que no tenía la menor idea de lo que era, de dónde venía, cuál era su razón de ser y para qué servía. El organismo, su destrucción, la indestructibilidad de la materia, la ley de la conservación de la energía, la evolución: ésas eran las palabras que habían sustituido a su fe de antaño. Estos términos, así como los conceptos vinculados a ellos, eran muy interesantes desde el punto de vista intelectual, pero no servían de mucha ayuda para comprender la vida. Levin no tardó en sentirse en la posición de un hombre que ha cambiado su espesa pelliza por un traje de muselina y que al salir a la calle helada por primera vez se da cuenta de manera indubitable, no por medio del razonamiento, sino porque lo siente con todo su ser, que es como si estuviera desnudo y que perecerá inevitablemente entre horribles sufrimientos. Desde ese momento, aunque no se diera cuenta y siguiera viviendo como antes, Levin no había dejado de sentir ese terror ante su propia ignorancia. Además, sentía de un modo vago que lo que llamaba sus convicciones no sólo era ignorancia, sino un modo de pensar que le impedía adquirir los conocimientos que necesitaba. En los primeros tiempos de su vida de casado, las nuevas alegrías y obligaciones habían acallado por completo esos pensamientos; pero en los últimos tiempos, después de que su mujer diera a luz, cuando vivía ocioso en Moscú, había vuelto a plantearse, cada vez más a menudo y con una insistencia mayor, esa cuestión que exigía una respuesta. Esa cuestión podía plantearse de la siguiente manera: «Si no acepto las explicaciones que da el cristianismo al problema de mi existencia, ¿cuáles acepto?». Y no era capaz de encontrar en todo el arsenal de sus convicciones una sola respuesta ni nada que se le pareciera. Estaba en la misma situación de un hombre que buscara alimentos en tiendas de juguetes y de armas. Sin proponérselo, e incluso sin darse cuenta, empezó a buscar en cada libro, en cada persona, en cada conversación una relación con esas cuestiones y una posible solución. Lo que más le sorprendía y le apenaba era que la mayoría de las personas de su ambiente y de su edad, que habían cambiado sus antiguas creencias por las mismas nuevas ideas que él, no veían en ello nada malo y estaban completamente satisfechas y tranquilas. Así pues, además de la cuestión principal, a Levin le atormentaban otras: ¿eran sinceras esas personas? ¿No fingían? ¿O es que comprendían de una manera distinta, más clara, las respuestas de la ciencia a las cuestiones que le interesaban? Y estudiaba en detalle tanto las opiniones de estas personas como los libros en los que se exponían tales respuestas. Lo único que había sacado en claro, desde que había empezado a ocuparse de tales asuntos, era que se había equivocado al suponer, como sus compañeros de universidad, que la religión se había quedado obsoleta y vacía de contenido. Todas las personas a las que más quería y respetaba eran creyentes: el viejo príncipe, Lvov, al que tanto aprecio había cobrado, Serguéi Ivánovich; todas las mujeres creían —su mujer conservaba la misma fe que él había tenido en su primera infancia— y el noventa y nueve por ciento del pueblo ruso, de ese pueblo cuya vida le inspiraba el máximo respeto. Además, después de leer muchos libros, se convenció de que las personas que compartían sus opiniones no les concedían ninguna importancia particular; lejos de analizar las cuestiones fundamentales y buscar unas respuestas sin las cuales Levin no podía vivir, se desentendían de ellas para ocuparse de otras completamente distintas, que a él no podían interesarle, como, por ejemplo, la evolución de los organismos, la explicación mecánica del alma y otras por el estilo. Por si eso fuera poco, durante el parto de su mujer, le había sucedido un acontecimiento extraordinario. Él, que no creía en Dios, se había puesto a rezar, y lo había hecho con fe. Pero, una vez pasado ese momento, fue incapaz de encontrar un lugar en su vida para ese estado de ánimo. No podía reconocer que entonces había conocido la verdad y ahora se equivocaba porque, en cuanto se ponía a pensar con serenidad, todo saltaba en mil pedazos. Tampoco podía admitir que entonces se había equivocado, porque concedía un inmenso valor a ese estado de ánimo. Si lo consideraba un rasgo de debilidad, estaría profanando ese momento. En su interior se libraba una terrible batalla, y él hacía acopio de todas sus fuerzas para ponerle fin. IX. Estos pensamientos le agobiaban y le atormentaban, unas veces con más intensidad, otras con menos, pero sin abandonarlo nunca. Leía y reflexionaba, y, cuanto más leía y reflexionaba, más lejos se sentía del fin que perseguía. Convencido de que no hallaría ninguna respuesta en los materialistas, en los últimos tiempos, primero en Moscú y más tarde ya en el campo, había leído y releído a Platón, Spinoza, Kant, Schelling, Hegel y Schopenhauer, filósofos que no daban una explicación materialista de la vida. Sus ideas le parecían féculas

mientras leía o buscaba una refutación de otras doctrinas, sobre todo de las materialistas. Pero en cuanto abordaba la solución de lo que le interesaba, estimulado bien por esas lecturas o por el curso de sus propios pensamientos, le sucedía siempre lo mismo. Cuando analizaba la definición de términos tan vagos como «espíritu», «voluntad», «libertad» o «sustancia», se dejaba atrapar en la trampa verbal que le tendían los filósofos o que se tendía él mismo y tenía la impresión de que empezaba a entender algo. Pero, bastaba que se olvidara de esa artificiosa sucesión de pensamientos y, una vez inmerso en la vida real, analizara lo que tanta satisfacción le había causado cuando pensaba siguiendo una línea dada, para que de repente todo ese edificio artificioso se viniera abajo como un castillo de naipes, con lo que quedaba demostrado que el edificio se había construido con esas mismas palabras cambiadas de lugar, sin tener en cuenta algo que en la vida es más importante que la razón. Durante un tiempo, mientras leía a Schopenhauer sustituyó la palabra «voluntad» por la palabra «amor», y esa nueva filosofía le consoló un par de días, mientras no se apartó de ella. Pero se derrumbó exactamente de la misma manera cuando la contempló desde la vida. Entonces le pareció otro de esos trajes de muselina que no le calentaban. Su hermano Serguéi Ivánovich le había aconsejado que leyera las obras teológicas de Jomiákov. Levin leyó el segundo tomo y, a pesar de que en un principio su tono polémico, elegante e ingenioso le desagradó, se quedó sorprendido de su doctrina sobre la Iglesia. Le impresionó la idea de que la comprensión de las verdades divinas, negada al hombre como individuo, se le concediera a una congregación de personas unidas por un mismo amor; es decir, la Iglesia. Le alegró el pensamiento de que fuera más fácil creer en una Iglesia viva y existente, compuesta de todas las creencias de los hombres, con Dios a la cabeza, y por tanto sagrada e infalible, y a partir de ahí aceptar la existencia de Dios, la creación, la caída y la redención, que empezar por un Dios lejano y misterioso, pasar luego a la creación, etcétera. Pero después de leer dos historias de la Iglesia, una escrita por un católico y otra por un ortodoxo, y comprobar que las dos, infalibles por naturaleza, se negaban la una a la otra, quedó desilusionado de la doctrina de Jomiákov, y también ese edificio se derrumbó, igual que las construcciones filosóficas. Durante toda la primavera había sido otra persona y había pasado por momentos terribles. «No puedo vivir sin saber lo que soy y para qué estoy aquí. Y, como no puedo saberlo, no puedo vivir», se decía. «En la infinitud del tiempo, en la infinitud de la materia y en la infinitud del espacio surge la burbuja de un organismo, que dura un instante y después estalla. Esa burbuja soy yo.» Ese angustioso sofisma era el último y único resultado de siglos de reflexiones humanas. Era la última creencia en la que se basaban todas las investigaciones del pensamiento humano en casi todos los campos. Era la idea dominante, y Levin acabó adoptándola, probablemente porque era más clara que las demás, aunque ni él mismo sabría decir cómo y cuándo. Pero no sólo era un sofisma, sino una broma cruel de una fuerza maligna y repulsiva, a la que era imposible someterse. Había que escapar de esa fuerza. Y la liberación estaba al alcance de todo el mundo. Era necesario acabar con esa dependencia del mal. Y sólo había un medio de lograrlo: la muerte. Así fue como Levin, hombre casado y feliz, que gozaba de buena salud, estuvo varias veces tan cerca del suicidio que tuvo que esconder una cuerda para no ahorcarse, y no salía al campo con una escopeta por temor a pegarse un tiro. Pero, en lugar de ahorcarse o de pegarse un tiro, siguió viviendo. X. Cuando Levin pensaba qué era y para qué vivía, no hallaba respuesta y se desesperaba; pero, cuando dejaba de preguntárselo, creía saberlo, porque vivía y actuaba con firmeza y resolución. Y en los últimos tiempos esa firmeza y esa resolución habían aumentado. Después de regresar al campo a principios de junio, reanudó sus ocupaciones habituales. Las labores agrícolas, el trato con los campesinos y los vecinos, la administración de la casa, los asuntos de su hermana y de su hermano, que ambos le habían confiado, las relaciones con su mujer y sus parientes, el cuidado de su hijo y la cría de abejas, por la que se había interesado mucho esa primavera, absorbían todo su tiempo. No se ocupaba de tales actividades porque las justificase en nombre de unos principios generales, como había hecho antes. Al contrario: desilusionado, por una parte, del fracaso de sus empresas anteriores en favor del bien común; y, obsesionado, por otra, con sus pensamientos y con las tareas que se acumulaban por todas partes, había abandonado completamente cualquier consideración sobre el particular. Se ocupaba de esas actividades simplemente porque le parecía que debía hacerlo, que no le quedaba otra salida. Antes (era un proceso que se había iniciado en la infancia y había ido desarrollándose hasta que alcanzó la plena madurez), la idea de hacer algo que fuera útil a todos, a la humanidad, a Rusia, a la provincia, a la aldea, le llenaba de alegría; pero la actividad misma le parecía siempre incoherente y no tenía la plena seguridad de que fuera imprescindible. En suma, esa misma actividad que al principio le había parecido tan grande iba empequeñeciéndose cada vez más hasta acabar en nada. Ahora, después de casarse, cuando había ido limitándose hasta ocuparse sólo de aquellas que servían a sus propios intereses, estaba convencido de que su obra era indispensable y veía que marchaba mucho mejor que antes y que sus proporciones eran cada vez más grandes, aunque ya no se alegraba al pensar en sus tareas. Ahora, casi en contra de su voluntad, se hundía cada vez más en la tierra, como un arado, y no podía salir de allí sin trazar un surco. Era indudable que su familia debía vivir como lo habían hecho sus padres y sus abuelos, es decir, en el mismo nivel de

instrucción y educando a los hijos del mismo modo. Era algo tan necesario como comer cuando se tiene hambre. Así, igual que era necesario preparar la comida, debía llevarse la máquina económica de Pokróvskoie de manera que rindiera beneficios. Y, del mismo modo que estaba obligado a pagar sus deudas, era preciso mantener el patrimonio, para que cuando su hijo lo recibiera en herencia le diera las gracias, igual que Levin se las había dado al abuelo por todo lo que había construido y plantado. Por eso no había que arrendar las tierras, sino cultivarlas uno mismo, tener ganado, abonar los campos y plantar bosques. No podía desentenderse de los asuntos de Serguéi Ivánovich y de su hermana, ni de todos los campesinos que habían adquirido la costumbre de consultarle, como no se puede soltar a una criatura que se tiene en brazos. Tenía que cuidar de su mujer y del niño, y también de su cuñada y de sus hijos, y pasar al menos una parte del día con ellos. Todo eso, unido a las partidas de caza y su nuevo interés por la apicultura, llenaba la vida de Levin, que tan carente de sentido le parecía cuando se ponía a pensar en ella. Pero, además de que sabía perfectamente lo que debía hacer, también sabía cómo debía hacerlo y qué tareas había que anteponer. Sabía que debía contratar braceros al precio más barato posible, pero que no debía esclavizarlos pagándoles por adelantado menos dinero del que merecían, aunque resultara muy ventajoso. Podía venderse paja a los campesinos en épocas de carestía, por mucha compasión que inspirasen. Pero había que eliminar las posadas y tabernas, aunque produjeran beneficios. Había que castigar con la mayor severidad posible la tala de árboles, pero no se debía multar a los campesinos cuando dejaban entrar al ganado en sus pastos. Y, aunque los guardas se disgustasen y los campesinos perdieran el temor, no había más remedio que devolver el ganado a sus propietarios. Tenía que prestar dinero a Piotr para que dejara de abonar un diez por ciento al mes a un usurero, pero no se podía condonar ni aplazar el pago del arriendo a los campesinos que no habían satisfecho la contribución. No se le podía perdonar al administrador que no hubiera mandado segar un prado pequeño, con lo que la hierba se había echado a perder, pero no debían segarse las ochenta hectáreas en las que se había plantado un bosque joven. No se podía permitir que un bracero, en plena faena, se fuera a su casa porque había muerto su padre, por mucha compasión que inspirase, y no había más remedio que dejar de pagarle el jornal durante esos importantes meses en los que había estado ausente; pero no se podía dejar de pagar la mensualidad a los viejos criados, aunque ya no sirviesen para nada. Levin también sabía que, al regresar a casa, lo primero que tenía que hacer era ir a ver a su mujer, que no estaba bien de salud. Los campesinos que llevaban aguardándolo ya tres horas podían esperar un poco más. También sabía que, a pesar del placer que le procuraba introducir un enjambre en la colmena, debía dejar esa tarea a un viejecito para atender a los campesinos que habían ido a buscarle al colmenar. No sabía si actuaba bien o mal, y no sólo no deseaba averiguarlo, sino que evitaba cualquier conversación o consideración al respecto. Los razonamientos le hacían dudar y le impedían ver lo que debía y no debía hacer. Cuando dejaba de pensar y se limitaba a vivir, sentía constantemente en su interior la presencia de un juez infalible que, cuando se presentaban dos alternativas, elegía cuál era la mejor y cuál la peor. Y, siempre que tomaba una decisión equivocada, se daba cuenta en seguida. Así vivía, sin saber qué era ni para qué estaba en el mundo, y sin contemplar la posibilidad de saberlo algún día. Esta ignorancia le atormentaba tanto que temía acabar suicidándose. Pero, al mismo tiempo, seguía con firmeza y determinación su propio camino en la vida.

XI. El día en que Serguéi Ivánovich llegó a Pokróvskoie había sido muy penoso para Levin. Era el período de mayor actividad en el campo, cuando los campesinos dan muestras de una capacidad de trabajo y un espíritu de sacrificio extraordinarios, que no se manifiestan en otros órdenes de la vida y que serían muy valorados si quienes los atesoran los apreciaran, si no se repitiesen todos los años y si sus resultados no fuesen tan sencillos. Segar, recoger y acarrear el centeno y la avena, acabar de segar los prados, volver a arar los barbechos, trillar la simiente y sembrar el grano de otoño. Todo eso parece sencillo y ordinario. Pero, para llevarlo a cabo es necesario que, durante tres o cuatro semanas, todos los habitantes de la aldea, desde los mayores hasta los pequeños, trabajen sin descanso, tres veces más de lo habitual, alimentándose de kvas, cebolla y pan negro, trillando y transportando las gavillas de noche y dedicando al sueño no más de dos o tres horas al día. Y esa misma actividad se repite cada año en toda Rusia. Como había pasado la mayor parte de su vida en el campo, en estrecho contacto con el pueblo, Levin tenía la sensación de que la excitación general que se apoderaba de los campesinos en ese período de tanto trabajo se le comunicaba también a él. Por la mañana temprano había asistido a la primera siembra del centeno, luego había contemplado cómo acarreaban y agavillaban la avena. Había regresado a casa a la hora en que se levantaban su mujer y su cuñada, había tomado un café con ellas y se había marchado a pie a la granja, donde debían poner en marcha la nueva trilladora para preparar la simiente. A lo largo de todo ese día, mientras hablaba con el administrador, con los campesinos, con su mujer, con Dolly, con los hijos de ésta o con su suegro, había estado pensando en la única cuestión que le preocupaba en esos momentos, al margen de las faenas del campo. Y había buscado por todas partes argumentos que le permitieran dar respuesta a esas preguntas: «¿Qué soy? ¿Dónde estoy? ¿Para qué vivo?». En medio de un fresco granero, que acababan de recubrir con olorosas varas de avellano, aún con

hojas fragantes, encajadas en las frescas y descortezadas vigas de álamo que sostenían el tejado de paja, Levin miraba tan pronto por la puerta abierta, en cuyo umbral se arremolinaba y revoloteaba el polvo seco y acre de la trilladora, como la hierba de la era, iluminada por el ardiente sol, o la paja fresca, que acababan de traer del almiar, o las golondrinas de pecho blanco y cabeza moteada que, con un silbido, se refugiaban debajo del tejado y, batiendo las alas, se detenían en el vano del portón, o a los campesinos que iban de un lado a otro por el granero oscuro y polvoriento, mientras se le ocurrían extraños pensamientos. «¿Para qué se hace todo esto? ¿Por qué estoy aquí y les obligo a trabajar? ¿Por qué todos se afanan y tratan de demostrarme su celo? ¿Por qué se esfuerza tanto la vieja Matriona, a quien conozco bien? (La curé cuando le cayó una viga durante el incendio) —se decía, mirando a una mujer enjuta que rastrillaba el grano, moviéndose con dificultad por la era dura e irregular con sus pies desnudos y quemados por el sol—. Entonces se restableció. Pero hoy o mañana, o dentro de diez años, la enterrarán, y no quedará nada de ella, ni tampoco de esa muchacha presumida de la chaqueta roja, que separa las espigas de la paja con movimientos tan ágiles y delicados. También a ella la enterrarán. Y a ese caballo pío poco le queda ya —pensó, contemplando un caballo que se arrastraba con fatiga y respiraba afanosamente con los ollares hinchados, mientras pisaba una rueda inclinada que giraba por debajo de sus patas—. También enterrarán a Fiódor, el abastecedor de la trilladora, con su barba rizada, llena de paja, y su camisa desgarrada a la altura del hombro blanco. Y, sin embargo, deshace las gavillas, da órdenes, les grita a las mujeres y con un movimiento rápido ajusta la correa del volante. Y, sobre todo, no sólo los enterrarán a ellos, sino también a mí, y no quedará nada. ¿Por qué?» Mientras pensaba en esas cosas, no dejaba de consultar el reloj, para calcular cuánto podían trillar en una hora. Necesitaba saberlo para establecer la cuota de la jornada. «Pronto llevarán ya casi una hora y sólo han empezado el tercer almiar», pensó Levin. Se acercó al abastecedor y, gritando con fuerza, para que su voz prevaleciera sobre el estruendo de la máquina, le dijo que echara menos. — ¡No echas demasiado de una vez, Fiódor! Mira, se atasca. Por eso va tan despacio. Iguálalo. Ennegrecido por el polvo, que se le había pegado al rostro cubierto de sudor, Fiódor gritó algo a modo de respuesta, pero no hizo lo que Levin le pedía. Éste se acercó al tambor, apartó a Fiódor y se puso a abastecer la máquina él mismo. Después de trabajar hasta la hora de comer de los campesinos, salió del granero en compañía del abastecedor y entabló conversación con él, deteniéndose al lado de un montón de centeno amarillento dispuesto cuidadosamente en la era para trillar. El abastecedor venía de una aldea lejana, en la que, hacía tiempo, Levin había cedido tierras para que las explotaran en régimen de cooperativa. Ahora se las había alquilado a un posadero. Levin le habló a Fiódor de esas tierras y le preguntó si al año siguiente las arrendaría Platón, un campesino rico y bondadoso de esa misma aldea. —El precio es muy alto. Platón no obtendrá ningún beneficio, Konstantín Dmitrích —respondió el campesino, quitándose unas espigas que se le habían metido dentro de la camisa sudada. — ¿Y cómo es que Kirílov les saca provecho? — ¿Cómo no va a sacarles provecho Mitiuja —de esa manera despectiva llamó Fiódor al posadero—, Konstantín Dmitrích? Aprieta hasta que obtiene lo suyo. No se compadece de ningún cristiano. En cambio, el tío Fokánich —así llamaba al viejo Platón—, no despelleja a nadie. A uno le presta dinero, a otro le perdona la deuda. Por eso no hace dinero. Es un buen hombre. —Pero ¿por qué perdona las deudas? —Bueno, verás, no todos somos iguales. Unos sólo viven para sí mismos; por ejemplo Mitiuja, que no hace más que llenarse la panza. Fokánich, en cambio, es un anciano justo. Vive para el alma. Se acuerda de Dios. — ¿Cómo que se acuerda de Dios? ¿Qué es eso de que vive para el alma? —preguntó Levin casi a gritos. —Pues ya se sabe: respeta la verdad, sigue la ley de Dios. No todos los hombres somos iguales. Usted, por ejemplo, tampoco es capaz de ofender a nadie... — ¡Bueno, bueno, adiós! —exclamó Levin, tan agitado que casi no podía respirar. Acto seguido se dio la vuelta, cogió su bastón y se alejó rápidamente en dirección a la casa. Una alegría hasta entonces desconocida se apoderó de él. Al oírle decir a Fiódor que Fokánich vivía para el alma, respetando la verdad y siguiendo la ley de Dios, unos pensamientos confusos, pero de enorme importancia, surgieron en tropel de algún rincón de su ser y, tendiendo todos a un mismo fin, se pusieron a revolotear en su cabeza, cegándole con su luz. XII. Levin iba por el camino real a grandes pasos, atento no tanto a sus pensamientos (todavía no había conseguido ordenarlos) como a su estado de ánimo, desconocido hasta entonces para él. Las palabras que había pronunciado el campesino habían producido en su alma el efecto de una chispa eléctrica que de pronto hubiera transformado y unido en una sola cosa todo el enjambre de pensamientos descabalados, impotentes e inconexos que le ocupaban en todo momento. Sin que él mismo se diera cuenta, esas ideas habían estado bullendo en su cabeza mientras hablaba del arriendo de las tierras. Sentía algo nuevo en su alma y, aunque no sabía lo que era, su mera presencia bastaba para llenarlo de alegría. «No vivir para uno mismo, sino para Dios. ¿Para qué Dios? Para Dios. ¿Es que puede decirse algo más insensato que lo que él ha dicho? Según Fiódor, no hay que vivir para uno mismo, es decir, debemos dejar de lado lo que comprendemos, lo que nos atrae y lo que nos gusta, en beneficio de algo incomprensible, de Dios, al que nadie puede comprender ni definir. ¿Entonces? ¿Es que no he entendido las insensatas palabras de Fiódor? Y,

una vez comprendidas, ¿he dudado de su justicia? ¿Me han parecido estúpidas, confusas o imprecisas? »No, las he comprendido de la misma manera que él; las he comprendido plenamente y con más claridad que cualquier otra cosa en la vida. Jamás las he puesto ni las pondré en cuestión. Y no soy sólo yo. Es la única cosa que todo el mundo comprende plenamente, la única de la que no dudan y en la que están siempre de acuerdo. »Fiódor dice que Kirílov, el posadero, vive para llenarse la panza. Es comprensible y razonable. En la medida en que somos seres racionales, sólo vivimos para llenarnos la panza. Y de pronto ese mismo Fiódor dice que esa manera de vivir es reprobable, que hay que vivir para la verdad, para Dios, y yo le entiendo sin necesidad de más explicaciones. Yo, los millones de personas que vivieron en los siglos pasados y los millones que viven ahora, tanto los campesinos y los pobres de espíritu, como los sabios que han meditado y escrito sobre la cuestión, que dicen lo mismo con su lenguaje confuso, todos estamos de acuerdo en una única cosa: para qué se debe vivir y en qué consiste el bien. Yo y millones de personas tenemos una única certeza firme, clara e indudable, una certeza que no puede explicarse por medio de la razón: está fuera de su ámbito, y no tiene causas ni puede tener consecuencias. »Si el bien tiene una causa, ya no es bien. Si tiene una consecuencia, en forma de recompensa, tampoco lo es. Por tanto, el bien está fuera de la cadena de causas y efectos. »Eso es lo que sé, eso es lo que todo el mundo sabe. »¿Acaso puede haber un milagro más grande? »¿Es posible que haya encontrado la solución de todo? ¿Es posible que mis sufrimientos hayan terminado?», penaba Levin, andando por el camino polvoriento, sin notar el calor ni el cansancio, experimentando una sensación de alivio después de largos padecimientos. La sensación era tan alegre que le parecía inverosímil. Se ahogaba de emoción y, sin fuerzas para seguir adelante, dejó a un lado el camino, se internó en un bosque y se sentó a la sombra de los álamos, sobre la hierba sin segar. Se quitó el sombrero de la cabeza empapada en sudor y se tendió en la áspera y jugosa hierba del bosque, apoyándose en un brazo. «Sí, tengo que ordenar mis ideas, esforzarme por comprender —pensaba, mirando fijamente la hierba incólume que tenía delante, y, siguiendo los movimientos de un insecto verde que subía por un tallo de grama y veía interrumpido su avance por una hoja de angélica—. Desde el comienzo mismo —se dijo, apartando la hoja de angélica para que el insecto pudiera pasar y acercándole otra hierba—. ¿Por qué estoy tan alegre? ¿Qué es lo que he descubierto? »Antes decía que en mi cuerpo, en el cuerpo de esa planta y en el de ese insecto (no ha querido trepar por esa hierba, ha desplegado las alas y ha salido volando) se producía un intercambio de materia, de acuerdo con leyes físicas, químicas y fisiológicas. Y que en todos nosotros, como también en los álamos, en las nubes y en las nebulosas se produce una evolución. ¿Evolución de qué? ¿Hacia qué? ¿Una evolución y una lucha infinitas?... ¡Como si pudiera existir una dirección o una lucha infinita! Y me sorprendía que, a pesar de devanarme los sesos intentando comprender, no se me aclarara el sentido de la vida, ni el de mis impulsos y aspiraciones. Cuando el sentido de mis impulsos es tan evidente que se refleja en toda mi vida. De ahí mi sorpresa y alborozo al oír esas palabras del campesino: vivir para Dios, para el alma. »No he descubierto nada. Únicamente me he enterado de lo que ya sabía. He comprendido esa fuerza que no sólo me ha dado la vida en el pasado, sino que también me la da ahora. Me he liberado del engaño, he encontrado a mi señor.» Y de forma sucinta Levin pasó revista a los pensamientos que le habían asaltado en el transcurso de esos dos últimos años, empezando por aquella percepción nítida y rotunda de la muerte al ver a su hermano agonizante. Entonces comprendió claramente por primera vez que todos los hombres, incluido él, no tenían más futuro que el sufrimiento, la muerte y el olvido eterno y llegó a la conclusión de que era imposible vivir así, que no le quedaba más salida que encontrar una explicación para que la vida no le pareciera una burla maligna y diabólica o, en caso contrario, pegarse un tiro. Pero no hizo ni lo uno ni lo otro, y siguió viviendo, pensando y sintiendo. Y no sólo eso, sino que en esa época hasta llegó a casarse, conoció muchas alegrías y fue feliz, siempre y cuando no pensara en el sentido de su vida. ¿Qué significaba eso? Que vivía bien, pero pensaba mal. Había vivido (aunque no fuera consciente de ello) respetando las verdades espirituales que había mamado con la leche de su madre, pero al pensar, no sólo no las había tenido en cuenta, sino que se había desentendido completamente de ellas. Ahora veía con toda claridad que únicamente había podido vivir gracias a las creencias en las que había sido educado. «¿Qué habría sido de mí y cómo habría sido mi vida de no haber contado con esas creencias, de no haber sabido que hay que vivir para Dios y no para uno mismo? Habría robado, mentido, matado. Nada de lo que constituye la principal alegría de mi vida habría existido para mí.» Y, por más que se esforzaba, no lograba imaginarse en qué ser bestial se habría convertido de no haber sabido para qué vivía. «Buscaba una respuesta a mi pregunta. Pero el pensamiento no podía procurármela, porque no puede elevarse a tales alturas. Sólo la vida podía ofrecerme la respuesta, gracias a mi conocimiento de lo que está bien y lo que está mal. Pero no se trata de un conocimiento adquirido; se me ha concedido igual que a los demás, porque no puede obtenerse en ninguna parte. »¿De dónde me ha venido? ¿Acaso me ha dictado la razón que hay que amar al prójimo y no estrangularlo? Me lo dijeron en la infancia, y yo lo creí con alegría, porque me aseguraron que así estaba escrito en mi alma. ¿Y quién lo ha descubierto? No la razón. La razón ha descubierto la

lucha por la existencia y la ley que exige la eliminación de todos los que impiden la satisfacción de mis deseos. Ésas son deducciones de la razón. Pero la razón no puede concluir que se debe amar al prójimo, porque eso es algo irracional. »Sí, soberbia«, se dijo, tumbándose boca abajo, y se puso a entrelazar tallos de hierba, procurando no romperlos. «Y no sólo la soberbia de la razón, sino la estupidez de la razón. Y, sobre todo, el fraude. Eso es, el fraude, los embustes de la razón», repitió. XIII. Y Levin se acordó de una escena reciente entre Dolly y los niños. Éstos, al quedarse solos, se habían puesto a cocer frambuesas al calor de una vela y a beber leche a chorros. Cuando la madre los sorprendió, se puso a explicarles, en presencia de Levin, cuánto trabajo costaba a los mayores obtener lo que ellos destruían, y añadió que todo ese trabajo se hacía por ellos, que si rompían las tazas, no tendrían dónde tomar el té y que si derramaban la leche, se quedarían sin nada que comer y se morirían de hambre. Levin se sorprendió de la serena e indiferente incredulidad con que los niños escucharon las palabras de su madre. Lo único que les apenaba era que hubiese puesto fin a su divertido juego, y no creían nada de lo que les decía. Y no la creían porque no podían imaginarse el verdadero valor de las cosas que disfrutaban y, por tanto, no podían entender que estaban destruyendo sus propios medios de subsistencia. «Todo eso es de lo más normal —pensaban—, pero carece de interés y de importancia, porque siempre ha sido así. Es siempre la misma cosa. Ni siquiera es necesario pensar en ello, pues es algo que nos viene dado. Y nosotros queremos inventar algo propio, algo nuevo. Por eso se nos ocurrió poner las frambuesas en una taza y cocerlas al calor de una vela, así como beber la leche a chorros. Es algo divertido y nuevo, y en ningún caso peor que beber en la taza. »¿Acaso no es lo mismo que hacemos nosotros, lo mismo que hago yo cuando trato de servirme de la razón para descubrir el significado de las fuerzas de la naturaleza y el sentido de la vida humana?», siguió pensando Levin. «¿Y acaso no es lo mismo que hacen todas las teorías filosóficas cuando tratan de llevar al hombre por el camino del pensamiento, un camino extraño y que le resulta ajeno, al conocimiento de algo que sabe desde hace tiempo, y además con tanta seguridad que sin eso no podría vivir? ¿No se advierte con toda claridad en el desarrollo de la teoría de cualquier filósofo que conoce de antemano, y de manera tan certera como el campesino Fiódor, en ningún caso con mayor claridad, el sentido principal de la vida y que sólo busca volver, por el incierto camino de la inteligencia, a lo que todos conocemos? «Supongamos que se dejara a los niños arreglárselas solos, fabricar sus propios platos, ordeñar a las vacas, etcétera. ¿Harían travesuras? Se morirían de hambre. ¡Pues que prueben a dejarnos solos a nosotros con nuestras pasiones y nuestros pensamientos, sin el concepto de un Dios único y creador! O sin el concepto de lo que es el bien, sin ninguna explicación de lo que es moralmente malo. »¡Tratad de construir algo sin esos conceptos! »No hacemos más que destruir, porque estamos espiritualmente saciados. ¡Igual que los niños! »¿De dónde me viene ese conocimiento gozoso, común con el del campesino, que me proporciona esa tranquilidad de espíritu? ¿De dónde lo he sacado? »Después de haber sido educado en la idea de Dios, en los valores cristianos, después de haber llenado toda mi vida con los bienes espirituales que me concedió el cristianismo, rebosando de ellos, viviendo por ellos, los destruyo sin entenderlos, lo mismo que esos niños; es decir, quiero destruir aquello por lo que vivo. Y en cuanto llega un momento importante de mi vida, como los niños cuando tienen hambre y frío, me dirijo a Él, y, aún menos que los niños, a quienes su madre reprende por sus travesuras infantiles, siento que mis infantiles tentativas de salirme con la mía no se me tendrán en cuenta. »Porque lo que sé no me lo ha revelado la razón, sino que se me ha dado, se me ha revelado; lo sé gracias al corazón y a las enseñanzas esenciales de la Iglesia. »¿La Iglesia? ¡La Iglesia!», repitió Levin para sus adentros, y, volviéndose del lado contrario y apoyándose en un brazo, se puso a contemplar en lontananza un rebaño que bajaba por la otra orilla del río. »Pero ¿puedo creer en todo lo que enseña la Iglesia? —pensó, sacando a colación, como si quisiera ponerse a prueba, todos los argumentos que podían destruir la serenidad que había alcanzado. Se puso a recordar a propósito las doctrinas de la Iglesia que siempre le habían parecido extrañas y habían minado su fe—. ¿La creación? ¿Y cómo me explicaba yo la existencia? ¿Por la existencia misma? ¿Como algo que surge de la nada? ¿Y el diablo y el pecado? ¿Y cómo me explicaba el mal?... ¿El Redentor? »Pero el caso es que no sé nada ni puedo saber nada, más allá de lo que les ha sido revelado a todos.» Ahora le parecía que ninguna de las doctrinas de la Iglesia destruía lo principal: la fe en Dios y en el bien como única misión del hombre. Cada dogma de la Iglesia podía sustituirse por el propósito de vivir para la verdad y no para uno mismo. Y no sólo no había ninguna creencia que perjudicara esta aspiración, sino que todas ellas eran indispensables para que se cumpliera el milagro esencial que continuamente se verificaba en la tierra: a saber, que millones de personas de todo género y condición, sabios y necios, niños y ancianos, lo mismo los campesinos que Lvov y Kitty, lo mismo los reyes que los mendigos, aceptaran una misma cosa como incuestionable y abrazaran esa vida espiritual que era la única por la que merecía la pena vivir, la única que tenía algún valor. Tumbado de espaldas, contemplaba ahora el cielo alto y despejado. «¿Acaso no sé que es el espacio infinito y no una bóveda? Pero, por más que entorne los ojos y aguce la vista, no puedo dejar de verlo redondo y limitado, y, a pesar de mis conocimientos del espacio infinito, tengo razón

cuando me imagino una bóveda azul sólida, mucha más razón que cuando me esfuerzo por ver más allá.» Levin había dejado de pensar, y sólo prestaba oídos a unas voces misteriosas que hablaban entre sí, tan pronto alegres como preocupadas. «¿Será eso la fe? —se dijo, sin atreverse a creer en su felicidad—. ¡Gracias, Dios mío!», profirió, ahogando los sollozos que le subían a la garganta y enjugándose con ambas manos las lágrimas que se agolpaban en sus ojos. XIV. Al volver la vista al rebaño que tenía enfrente, distinguió su tartana, tirada por Voroni, y también a su cochero, que se había acercado al rebaño para decirle algo al pastor. No tardó en oír, ya cerca de donde él estaba, el ruido de las ruedas y los resoplidos del magnífico caballo, pero estaba tan absorto en sus reflexiones que ni siquiera se le ocurrió pensar para qué iría a buscarle el cochero. Sólo se lo preguntó cuando éste, ya casi a su altura, lo llamó: —Me envía la señora. Ha llegado su hermano acompañado de un señor. Levin subió a la tartana y cogió las riendas. Como si acabara de despertarse de un sueño profundo, tardó en hacerse cargo de la situación. Miraba el magnífico caballo, que tenía cubiertas de espuma las ancas y la parte del cuello que rozaban las riendas; examinaba al cochero Iván, que iba sentado a su lado, y se acordaba de que estaba esperando la llegada de su hermano, de que su mujer probablemente estaba intranquila por su larga ausencia, y trataba de adivinar quién sería el invitado que había venido. Y tanto su hermano, como su mujer y el invitado desconocido se le presentaban ahora bajo un aspecto distinto. Tenía la impresión de que a partir de ese momento sus relaciones con los demás serían diferentes. «Con mi hermano desaparecerá la distancia que siempre ha habido entre nosotros. Dejaremos de discutir. No volveré a reñir con Kitty. Y con el invitado, sea quien sea, seré afable y bueno. También con los criados y con Iván me portaré de otra manera.» Mientras frenaba con las tensas riendas al excelente caballo, que resoplaba con impaciencia, como si reclamara que le dejaran correr más deprisa, Levin contemplaba a Iván, que, no sabiendo qué hacer con sus manos desocupadas, no paraba de apretarse la camisa, hinchada por el viento, y buscaba un pretexto para entablar conversación. Estuvo a punto de decirle que no debía apretar tanto la cincha, pero habría parecido un reproche, y él deseaba decirle algo amable. Pero no le venía a la cabeza ninguna otra cosa. —Haga el favor de ir por la derecha, señor. Ahí hay un tocón —dijo el cochero, tirando de las riendas. — ¡Te ruego que no me toques ni me des lecciones! —exclamó Levin, irritado por la intervención del cochero. Sus palabras le habían enfadado, como de costumbre. Entonces se dio cuenta con pesar de lo equivocado que estaba al suponer que su estado de ánimo pudiera cambiar de inmediato su relación con la realidad. Un cuarto de versta antes de llegar a la casa, vio a Grisha y a Tania, que corrían a su encuentro. — ¡Tío Kostia! Por ahí viene mamá con el abuelo, Serguéi Ivánovich y un invitado —le dijeron, subiéndose en la tartana. — ¿Quién es? —Un señor que da mucho miedo. No para de hacer así con los brazos —dijo Tania, poniéndose en pie e imitando a Katavásov. —Pero ¿es joven o viejo? —preguntó Levin entre risas, pues los gestos de Tania le recordaban a alguien. «¡Ah, con tal de que no sea una persona desagradable!», pensó. En cuanto doblaron un recodo del camino y vieron al grupo que venía a su encuentro, reconoció a Katavásov, que llevaba un sombrero de paja y hacía esos movimientos con los brazos al andar que Tania había imitado tan bien. A Katavásov le gustaba mucho hablar de filosofía, aunque sus nociones sobre el particular se basaban en las opiniones de los naturalistas, que nunca se han ocupado en serio de esa cuestión. En los últimos tiempos de su estancia en Moscú Levin había discutido mucho con él. Lo primero que le vino a la cabeza cuando le vio fue una conversación en la que Katavásov creía haber quedado por encima. «No discutiré ni expondré mis opiniones de manera irreflexiva por nada del mundo», pensó. Después de apearse de la tartana y de saludar a su hermano y a Katavásov, Levin preguntó por su mujer. —Se ha ido con Mítia a Kolok —era un bosque cercano a la casa— porque en casa hace mucho calor —respondió Dolly. Levin siempre había desaconsejado a su mujer que llevara al niño al bosque, pues lo consideraba peligroso, de manera que la noticia le disgustó. —Va con él de un lado para otro —dijo el príncipe sonriendo—. Le he aconsejado que lo lleve a la nevera. —Quería ir luego al colmenar. Pensaba que tú estabas allí. Es a donde nos dirigimos nosotros —dijo Dolly. —Bueno, ¿y qué haces ahora? —le preguntó Serguéi Ivánovich, que se había separado de los demás para unirse a su hermano. —Nada de particular. Me ocupo de las labores de la hacienda, como siempre —respondió Levin—. ¿Vas a quedarte muchos días? Hace tiempo que te esperábamos. —Un par de semanas. Tengo mucho que hacer en Moscú. Al pronunciar estas palabras, los ojos de los dos hermanos se encontraron, y Levin, a pesar de su deseo, especialmente intenso en esos momentos, de tener unas relaciones amistosas y, sobre todo, sencillas con su hermano, se dio cuenta de que se sentía incómodo mirándolo. Bajó la vista sin saber qué decir. Buscando temas de conversación que pudieran agrandar a Serguéi Ivánovich y lo distrajeran de la guerra en Serbia y de la cuestión eslava, a las que había aludido al mencionar sus ocupaciones de Moscú, Levin se refirió a su libro. — ¿Ha salido alguna reseña de tu libro? —preguntó. Serguéi Ivánovich sonrió al oír esa pregunta tan premeditada. —Nadie se ha interesado por él, y yo menos aún —dijo—. Mire, Daria Aleksándrovna, va a llover —añadió, señalando con el paraguas unas nubecillas blancas que habían aparecido sobre las copas de los álamos. Y bastaron esas palabras para que entre los dos hermanos se



restablecieran esas relaciones no hostiles, pero sí frías, que Levin quería evitar a toda costa. Levin se acercó a Katavásov. —Ha hecho usted muy bien decidiéndose a venir —le dijo. —Hace tiempo que lo tenía pensando. Ahora podremos discutir con calma. ¿Ha leído usted a Spencer? —No lo he terminado —respondió Levin—. En cualquier caso, ya no lo necesito. —¿Por qué? Es muy interesante. —Lo que quiero decir es que me he convencido de una vez por todas de que la solución a las cuestiones que me interesan no la encontraré en ese libro ni en otros semejantes. Ahora... Pero de pronto se quedó sorprendido de la expresión de calma y serenidad que se reflejaba en el rostro de Katavásov y decidió no iniciar una conversación que, además de quebrantar el propósito que se había hecho, destruiría su estado de ánimo, algo que lamentaría en el alma. —Bueno, ya hablaremos más tarde —dijo por fin—. Si quieren ir ustedes al colmenar, es mejor que vayamos por ese sendero —añadió, dirigiéndose a los demás. Se internaron por un sendero angosto que les llevó a un prado sin segar, cubierto por un lado de pensamientos de colores brillantes, entreverados de altos arbustos verdinegros de eléboro. Levin instaló a sus invitados en unos bancos y troncos colocados allí para los visitantes que tenían miedo de las abejas, a la sombra densa y fresca de los álamos, mientras él se dirigía a la cabaña en busca de pan, pepinos y miel fresca para los mayores y los pequeños. Tratando de no hacer movimientos bruscos y prestando oídos a las abejas cada vez más numerosas que volaban a su lado, siguió el sendero hasta llegar a la isba. A punto de llegar a la puerta, una abeja empezó a zumbar, porque se le había enredado en la barba, pero la liberó con mucho cuidado. Al entrar en el sombrío zaguán, cogió una red que estaba colgada de la pared, se la puso y, metiéndose las manos en los bolsillos, entró en el recinto cerrado del colmenar, donde, dispuestas en filas regulares unidas a los palos con estacas de tilo, en medio de un campo segado, se alzaban las viejas colmenas, cada una con su propia historia, que él conocía bien, y a lo largo de la cerca se veían las nuevas, instaladas ese mismo año. Delante de la entrada de las colmenas nubes de abejas y zánganos revoloteaban y se arremolinaban en un mismo lugar, y entre ellos pasaban las obreras, volando siempre en la misma dirección, hacia los tilos floridos del bosque, de donde regresaban a la colmena con su botín. Y en los oídos de Levin resonaban sin parar los sonidos más diversos, tan pronto el zumbido de una obrera ocupada en su labor, que pasaba volando rápidamente, como el trompeteo de un zángano ocioso o el aleteo de unas centinelas alarmadas, que defendían sus bienes del enemigo, dispuestas a picar. El anciano estaba cepillando un aro al otro lado de la cerca y no había visto a Levin. Este se detuvo en medio del colmenar y no le llamó. Se alegraba de poder pasar un rato solo, para poder recobrase del choque con la realidad, que en apenas un momento había conseguido rebajar su euforia. Se acordó de que ya había tenido tiempo de enfadarse con Iván, de mostrarse seco con su hermano y de hablar con ligereza a Katavásov. «¿Es posible que no haya sido más que un estado de ánimo fugaz, que pasa sin dejar huella?», se preguntó. Pero en ese mismo instante recuperó su disposición de antes y sintió con alegría que en su interior se había producido algo nuevo e importante. La realidad sólo había velado temporalmente la paz espiritual que había alcanzado, pero ésta seguía intacta en su corazón. De la misma manera que las abejas que en esos momentos revoloteaban a su alrededor, amenazándolo y distrayéndolo, le impedían gozar de una calma física completa, obligándole a encogerse para esquivarlas, las preocupaciones que le habían rodeado desde el instante en que se subió a la tartana le habían privado de la serenidad interior; pero la situación sólo se había prolongado mientras había tenido que hacerles frente. Igual que sus fuerzas físicas no habían sufrido merma alguna, a pesar de las abejas, seguía conservando íntegra la fuerza espiritual, de la que sólo ahora había tomado conciencia. XV. —¿Sabes, Kostia, con quién ha coincidido Serguéi Ivánovich en el tren? —preguntó Dolly, después de repartir los pepinillos y la miel entre los niños—. ¡Con Vronski! Se va a Serbia. —¡Y además se lleva un escuadrón que paga de su propio bolsillo! —intervino Katavásov. —Muy propio de él —dijo Levin—. ¿Es que siguen marchándose voluntarios? —añadió, mirando a Serguéi Ivánovich. Éste no le contestó porque en esos momentos, armado de un cuchillo romo, estaba intentando sacar cuidadosamente de la taza, en la que había un pedazo de panal, una abeja aún viva que se había quedado pegada a la miel líquida. —¡Ya lo creo! ¡Tendría que haber visto usted cómo estaba ayer la estación! —exclamó Katavásov, mordiendo ruidosamente un pepinillo. —¿Y cómo hay que entender esto? Por el amor de Dios, Serguéi Ivánovich, explíqueme usted adonde van todos esos voluntarios y contra quién combaten —preguntó el viejo príncipe, con el deseo evidente de prolongar una conversación iniciada en ausencia de Levin. —Contra los turcos —respondió Serguéi Ivánovich, sonriendo tranquilamente, después de liberar a la abeja, negra de miel, que agitaba las patas con impotencia, y de depositarla con el cuchillo en una fuerte hoja de álamo. —Pero ¿quién les ha declarado la guerra a los turcos? ¿Iván Ivánovich Ragósov y la condesa Lidia Ivánovna en compañía de la señora Stahl? —Nadie les ha declarado la guerra, pero la gente se compadece de los padecimientos de su prójimo y desea ayudarlo —dijo Serguéi Ivánovich. —Pero el príncipe no se refiere a la ayuda —intervino Levin, tomando partido por su suegro—, sino a la guerra. Lo que dice el príncipe es que unos particulares no pueden participar en una guerra sin el permiso del gobierno. —¡Mira, Kostia, una abeja! ¡Seguro que nos pica! —exclamó Dolly, espantando una avispa. —No es una

abeja, sino una avispa —dijo Levin. —Bueno, vamos a ver, ¿cuál es su teoría? —preguntó Katavásov a Levin con una sonrisa, deseando enzarzarle en una discusión—. ¿Por qué unos particulares no tienen derecho a ir a la guerra? —Mi teoría es la siguiente: por un lado, la guerra es algo tan bestial, cruel y horrible que ningún ser humano, no digo ya un cristiano, puede asumir la responsabilidad de iniciarla. Es algo que compete al gobierno, que está para eso y que a veces se ve abocado a tomar decisiones así. Por otro lado, tanto la ciencia como el sentido común nos dicen que en los asuntos de Estado, sobre todo cuando se trata de una guerra, los ciudadanos renuncian a su voluntad personal. Serguéi Ivánovich y Katavásov, que parecían tener los argumentos preparados, se pusieron a hablar al mismo tiempo. —Pero puede darse el caso, mi querido amigo, de que el gobierno no cumpla la voluntad de los ciudadanos. Entonces la sociedad declara lo que quiere —dijo Katavásov. Era evidente que Serguéi Ivánovich no apoyaba tal opinión porque, al oír las palabras de Katavásov, frunció el ceño y a continuación expuso un argumento distinto: —Te equivocas al plantear la cuestión de ese modo. Aquí no se trata de una declaración de guerra, sino de una expresión de sentimientos cristianos y humanitarios. Están matando a nuestros hermanos de sangre y de religión. Supongamos que no fueran hermanos nuestros ni correligionarios, sino simplemente niños, mujeres y ancianos. Se produce un sentimiento de indignación, y el pueblo ruso se dispone a poner fin a esos horrores. Imagínate que fueras por la calle y vieras a un borracho golpeando a una mujer o a un niño. Creo que no te pararías a preguntar si se le había declarado o no la guerra a ese hombre, sino que te abalanzarías sobre él para defender a la víctima. —Pero no lo mataría —dijo Levin. —Sí que lo matarías. —No lo sé. Si viera una cosa así, es posible que me dejara llevar por un sentimiento repentino, pero no puedo decirlo de antemano. En cualquier caso, en lo que respecta a la opresión de los eslavos, no existe ni puede existir ese sentimiento repentino. —Puede que no exista para ti, pero sí para los demás —replicó Serguéi Ivánovich, frunciendo el ceño con aire descontento—. En el pueblo están vivas las leyendas sobre los ortodoxos que sufren bajo el yugo de los «infeles agarenos». El pueblo se ha enterado de los sufrimientos de sus hermanos y ha dejado oír su voz. —Puede ser —dijo Levin evasivamente—, pero yo no lo veo. Yo también soy pueblo y no siento eso. —Yo tampoco —dijo el príncipe—. Durante mi estancia en el extranjero, leía periódicos, y debo reconocer que, antes de que se produjeran las atrocidades de Bulgaria, no podía entender de ninguna de las maneras por qué a los rusos les había entrado ese amor tan repentino por sus hermanos eslavos, cuando yo no lo sentía. Sufría mucho, pensaba que era un monstruo o que las aguas de Carlsbad habían tenido un efecto perjudicial en mi organismo. Pero, al volver a Rusia, me tranquilicé, porque ví que muchas otras personas se interesaban sólo por Rusia, no por sus hermanos eslavos. Por ejemplo, Konstantín. —Las opiniones personales no significan nada en este caso —dijo Serguéi Ivánovich—. Las opiniones personales no cuentan cuando toda Rusia, el pueblo, ha declarado su voluntad. —Pero perdóneme. Yo no lo veo así. El pueblo no tiene la menor idea —dijo el príncipe. —Pero, papá... ¿cómo puedes decir eso? ¿Y el domingo en la iglesia? —preguntó Dolly, que había seguido la conversación—. Haz el favor de darme una toalla —le dijo al viejo, que contemplaba a los niños con una sonrisa—. No puede ser que todos... —¿Y qué es lo que pasó el domingo en la iglesia? Al sacerdote le ordenaron que leyera un papel. Y él lo hizo. Pero los feligreses no entendieron nada y suspiraron, como hacen siempre que escuchan un sermón —prosiguió el príncipe—. Luego les dijeron que estaban recaudando fondos para una causa piadosa, y entonces ellos sacaron su kopek y lo dieron. Pero ni ellos mismos saben por qué lo hicieron. —¿Cómo no va a saberlo el pueblo? El pueblo siempre tiene conciencia de su propio destino, y eso es algo que en momentos como el presente se pone de manifiesto con mayor claridad —dijo Serguéi Ivánovich, mirando al viejo apicultor. El apuesto anciano, de barba negra y entrecana y espesos cabellos plateados, de pie con un tarro de miel en la mano, miraba a los señores con expresión afectuosa y serena, sin entender nada de lo que decían y sin manifestar el menor deseo de entenderlos. —Así es —dijo, moviendo la cabeza con aire significativo cuando oyó las palabras de Serguéi Ivánovich. —Pregúntele. Ya verá cómo no sabe nada ni tiene el menor interés —dijo Levin, y añadió, dirigiéndose al viejo—. ¿Has oído hablar de la guerra, Mijáilich? ¿Oíste lo que leyeron en la iglesia? ¿Qué opinas tú? ¿Debemos luchar para defender a los cristianos? —¿Y qué vamos a opinar nosotros? El emperador Alejandro piensa por nosotros. Ya se encargará él de resolver estas cosas. Él lo ve todo mejor... ¿Quiere que traiga más pan? ¿Le doy más al niño? —le preguntó a Daria Aleksándrovna, señalando a Grisha, que estaba acabando de comer la corteza. —No necesito preguntar —dijo Serguéi Ivánovich—. Hemos visto y seguimos viendo a cientos y cientos de personas que lo dejan todo para servir a una causa justa; acuden de todos los rincones de Rusia y expresan de forma clara y precisa su opinión y su objetivo. Contribuyen con unos céntimos o parten ellos mismos, diciendo sin ambages por qué lo hacen. ¿Qué significa eso? —Significa, en mi opinión —replicó Levin, que empezaba a acalorarse—, que en un país de ochenta millones de habitantes siempre habrá no cientos, como ahora, sino decenas de miles de personas que han perdido su posición social, gente temeraria, dispuesta a cualquier cosa, ya sea unirse a la banda de Pugachov o marchar a Jiva o a Serbia... — ¡Te digo que no son cientos de individuos ni gente temeraria, sino los mejores representantes del

pueblo! —exclamó Serguéi Ivánovich, tan alterado como si estuviera defendiendo sus últimos recursos—, ¿Y qué me dices de los donativos? Así expresa el pueblo su voluntad. —La palabra «pueblo» es muy imprecisa —dijo Levin—. Puede que los escribanos provinciales, los profesores y tal vez uno de cada mil campesinos sepan lo que quiere decir. Los ochenta millones restantes, como Mijálich, no sólo no manifiestan su voluntad, sino que ni siquiera tienen la menor idea de sobre qué deberían expresarla. Así pues, ¿qué derecho tenemos a decir que tal es la voluntad del pueblo? XVI. Serguéi Ivánovich, gran experto en dialéctica, no se molestó en responder a esta pregunta y llevó la conversación a otro terreno. —Si lo que pretendes es llegar a conocer el alma del pueblo recurriendo a la aritmética, te aseguro que lo tienes bastante difícil. En nuestro país no se ha introducido el sufragio, y no puede introducirse porque no expresaría la voluntad popular. Pero hay otros caminos para conocerla. Es algo que se percibe en el aire, que se siente con el corazón. No me refiero ya a esas corrientes subterráneas que se agitan en las aguas estancadas del pueblo y que resultan evidentes para cualquier hombre que carezca de prejuicios. Fíjate en la sociedad en el sentido estricto de la palabra. Los partidos más diversos del mundo intelectual, tan enfrentados antes, se han fundido en uno solo. Las discordias han cesado, todas las publicaciones dicen lo mismo, todos han sentido la fuerza elemental que los ha arrebatado y los lleva en una misma dirección. —Que los periódicos dicen las mismas cosas es verdad —intervino el príncipe—. Y tanto las han repetido que parecen ranas antes de una tormenta. Por su culpa no se puede oír nada. —No sé si son ranas o no lo son. No soy editor de periódicos, así que no voy a defenderlos. A lo que me refiero es a la unanimidad del mundo intelectual —dijo Serguéi Ivánovich, dirigiéndose a su hermano. Levin se dispuso a replicar, pero el viejo príncipe se le adelantó. —Sobre esa unanimidad se puede decir otra cosa —dijo—. Creo que conocen ustedes a mi yerno, Stepán Arkádevich. Pues acaban de nombrarlo miembro del Comité de no sé qué comisión... La verdad es que no me acuerdo. Vamos, una sinecura. ¡Creo, Dolly, que no es ningún secreto! Y, sin embargo, recibe un sueldo de ocho mil rublos. Si le preguntan ustedes si su cargo es útil, les demostrará que no puede haber otro más necesario. Es un hombre sincero, pero no puede dejar de creer en la utilidad de esos ocho mil rublos. —Sí, Stepán Arkádevich me pidió que le comunicara a Daria Aleksándrovna que le han concedido ese cargo —dijo Serguéi Ivánovich, descontento, pues no acababa de entender a qué venía el comentario del príncipe. —Lo mismo sucede con la unanimidad de los periódicos. Según me han explicado, en cuanto estalla una guerra, duplican sus ingresos. ¿Cómo no van a decir esas cosas del destino del pueblo, de los eslavos... y de todo lo demás? —Hay muchos periódicos que no me gustan, pero eso es injusto —dijo Serguéi Ivánovich. —Yo sólo les pondría una condición —prosiguió el príncipe—. Alphonse Karr lo expresó muy bien antes de la guerra con Prusia: «¿Consideran ustedes que la guerra es inevitable? Estupendo. Los que predicán la guerra que formen un destacamento especial de asalto, que vayan en primera línea, a la cabeza de todos, y comanden los ataques». —¡Pues sí que harían buen papel esos redactores! —exclamó Katavásov con una estruendosa carcajada, imaginándose a algunos redactores conocidos en esa legión escogida. —Saldrían corriendo —dijo Dolly—. Así que no serían más que un estorbo. —Y, si intentan escapar, que les lancen una descarga por detrás o que los persigan cosacos con látigos. —Perdóneme, príncipe, pero eso es una broma, una broma de mal gusto —dijo Serguéi Ivánovich. —No veo que sea una broma que... —empezó Levin, pero Serguéi Ivánovich lo interrumpió. —Cada miembro de la sociedad está llamado a desempeñar la tarea que le corresponde —dijo—. Y los intelectuales cumplen con su cometido expresando la opinión pública. La expresión plena y unánime de la opinión pública constituye la principal contribución de la prensa, y al mismo tiempo un fenómeno que debería llenarnos de alegría. Hace veinte años habríamos callado, pero ahora se oye la voz del pueblo ruso, que está dispuesto a alzarse como un solo hombre y a sacrificarse por sus hermanos oprimidos; es un gran paso y una prueba de fuerza. —Pero no se trata sólo de sacrificarse, sino de matar turcos —dijo tímidamente Levin—. El pueblo se sacrifica, y está dispuesto a seguir sacrificándose en beneficio de su alma, pero no para matar —añadió, relacionando, sin darse cuenta, el tema de la conversación con las ideas que tanto le preocupaban. —¿Cómo en beneficio de su alma? Entienda usted que a un naturalista esa expresión le resulta bastante confusa. ¿Qué es el alma? —preguntó Katavásov, con una sonrisa. —¡Ah, lo sabe usted de sobra! —¡Le juro que no tengo la menor idea! —replicó Katavásov, riéndose a carcajadas. —«No he venido a traer la paz, sino la espada», dice Cristo —replicó por su parte Serguéi Ivánovich, citando con toda naturalidad, como si fuera la cosa más comprensible del mundo, el pasaje del Evangelio que más desconcertaba a Levin. —Así es —repitió el viejo, que seguía allí de pie, respondiendo a una mirada que Serguéi Ivánovich le había dirigido por casualidad. —Sí, amigo mío, le hemos batido a usted en toda regla. ¡En toda regla! —gritó alegremente Katavásov. Levin enrojeció de enojo, no por sentirse derrotado, sino por no haberse contenido y haberse puesto a discutir. «No, no puedo discutir con ellos —pensó—. Ellos tienen una coraza impenetrable, y yo estoy desnudo.» Vea que era imposible convencer a su hermano y a Katavásov, y más aún dejarse convencer por ellos. Lo que predicaban era la misma soberbia del intelecto que había estado a punto de destruirle. No podía aceptar que decenas de hombres, entre ellos su propio

hermano, tuvieran derecho a decidir, basándose en lo que les habían contado unos centenares de voluntarios llegados a la capital, unos picos de oro, que tanto ellos como la prensa expresaban la voluntad y el pensamiento del pueblo, y además un pensamiento que encontraba su expresión en la venganza y el asesinato. No podía aceptarlo porque no veía la expresión de esos sentimientos en el pueblo, entre el que vivía, ni tampoco los encontraba en sí mismo (y no podía considerarse otra cosa que una de las personas que componían el pueblo ruso), y, sobre todo, porque, lo mismo que el pueblo, no sabía ni podía saber en qué consistía el bien común, pero sabía con certeza que sólo era posible alcanzarlo cuando uno se sometía por completo a esa ley del bien revelada a cada hombre. Por tanto, no podía desear la guerra ni predicarla, cualesquiera que fueran los propósitos comunes que se persiguieran. Compartía el punto de vista de Mijáilich y del pueblo, cuya manera de pensar había quedado plasmada en esa leyenda sobre la llamada a los varegos: «Reinad y gobernad sobre nosotros. Os prometemos gustosamente una obediencia completa. Aceptamos todo el trabajo, todas las humillaciones, todos los sacrificios; pero no nos encargaremos de juzgar ni de decidir». Y ahora el pueblo, según Serguéi Ivánovich, renunciaba a ese derecho, por el que había pagado un precio tan alto. Le habría gustado decir que, si la opinión pública era un juez infalible, ¿por qué la revolución y la comuna no habrían de ser igual de legítimos que ese movimiento en favor de los eslavos? Pero con ese tipo de argumentos no les convencería. Lo único que tenía claro era que la discusión irritaba a Serguéi Ivánovich y que, por tanto, no tenía ningún sentido continuarla. Así pues, guardó silencio, no sin antes llamar la atención de sus invitados sobre las nubes que se estaban amontonando y aconsejarles que regresaran a casa. XVII. El príncipe y Serguéi Ivánovich montaron en la tartana y partieron. Los demás, apretando el paso, emprendieron el regreso a pie. Pero las nubes, tan pronto aclarándose como oscureciéndose, avanzaban tan deprisa que se vieron obligados a acelerar aún más el paso para llegar a la casa antes de que se pusiera a llover. Las más cercanas, bajas y negras como humo de hollín, se desplazaban por el cielo con sorprendente velocidad. Aún quedaban unos doscientos pasos para llegar a la casa, se había levantado el viento, y de un momento a otro podía desencadenarse el aguacero. Los niños corrían delante, dando gritos de alegría y de miedo. Daria Aleksándrovna, forcejeando con la falda, que se le había pegado a las piernas, ya no andaba, sino que corría, sin apartar los ojos de los niños. Los hombres caminaban a grandes pasos, sujetándose el sombrero. Ya estaban a punto de llegar a la escalinata cuando una gruesa gota se estrelló contra el borde del canalón de hierro. Entre un rumor de voces alegres, los niños y los adultos corrieron a refugiarse bajo techado. — ¿Y Katerina Aleksándrovna? —preguntó Levin, al encontrarse en el recibidor con Agafia Mijáilovna, que había salido a su encuentro con chales y mantas. —Pensábamos que estaba con ustedes —respondió. — ¿Y Mítia? —Probablemente en Kolok, con el aya. Levin cogió las mantas y salió corriendo. En ese breve intervalo de tiempo las nubes habían cubierto el sol y reinaba una oscuridad tan completa como en un eclipse. El viento soplaba con obstinación, como si se hubiera propuesto detener a Levin, arrancaba las hojas y las flores de los tilos, despojaba las ramas blancas de los abedules, dejándolas con un aspecto extraño y monstruoso, lo doblaba todo en la misma dirección: las acacias, las flores, la bardana, la hierba y las copas de los árboles. Las muchachas que trabajaban en el jardín, lanzando fuertes gritos, corrían a guarecerse bajo el tejado del edificio de la servidumbre. La blanca cortina del chaparrón había alcanzado ya el bosque lejano y la mitad del campo cercano, y avanzaba rápidamente hacia Kolok. La humedad de la lluvia, que caía en gotas menudas, se percibía en el aire. Luchando con el viento, que se obstinaba en arrancarle las mantas de las manos, Levin, inclinado hacia delante, se acercaba ya a Kolok y empezaba a entrever una mancha blanca detrás de un roble, cuando de pronto un vivísimo resplandor atravesó el cielo, la tierra entera se incendió y la bóveda celeste pareció resquebrajarse por encima de su cabeza. Al abrir de nuevo los ojos deslumbrados, Levin vio horrorizado, a través del espeso velo de la lluvia que ahora lo separaba de Kolok, que la copa verde de un roble que se alzaba en medio del bosque había cambiado extrañamente de posición. «¿Lo habrá alcanzado el rayo?», apenas tuvo tiempo de pensar, cuando la copa del roble, acelerando su movimiento, se ocultó detrás de otros árboles, y oyó el estruendo del árbol gigantesco al desplomarse. La luz del relámpago, el estallido del trueno y el frío repentino que recorrió su cuerpo se fundieron en una única sensación de espanto. — ¡Dios mío, Dios mío! ¡Que no haya caído sobre ellos! —exclamó. Y, aunque se dio cuenta inmediatamente de lo insensato que era su ruego, pues el árbol se había desplomado ya, lo repitió, sabiendo que no disponía de nada mejor que esa plegaria absurda. Llegó corriendo al lugar en el que solían sentarse y no los encontró. Estaban en el otro extremo del bosque, bajo un viejo tilo, y lo llamaban. Dos figuras vestidas de oscuro (antes sus prendas eran claras) se inclinaban sobre algo. Eran Kitty y el aya. Cuando Levin llegó corriendo a su lado, la lluvia había cesado y empezaba a aclarar. El aya tenía el bajo del vestido seco, pero el de Kitty estaba completamente empapado y pegado al cuerpo. Aunque ya no llovía, las dos seguían en la misma posición que cuando estalló la tormenta: de pie, inclinadas sobre un cochecito con una sombrilla verde. — ¡Están sanos y salvos! ¡Gracias a Dios! —exclamó Levin, chapoteando en los charcos con sus zapatos llenos de agua y casi fuera de los pies, mientras se acercaba corriendo. El rostro mojado y rubicundo de

Kitty, enmarcado por el sombrero deformado, estaba vuelto hacia él y sonreía tímidamente. —Pero ¿cómo no te da vergüenza? ¡No me entra en la cabeza cómo se puede ser tan imprudente! —le dijo muy enfadado a su mujer. —Te juro que no tengo la culpa. Estábamos a punto de irnos, pero tuvimos que demorarnos un poco para cambiar al niño. Acabábamos de... —replicó Kitty, a modo de disculpa. Mitia, sano y salvo, completamente seco, seguía durmiendo. — ¡Gracias a Dios! ¡No sé ni lo que digo! Recogieron los pañales mojados. El aya sacó al niño del cochecito y lo llevó en brazos. Levin iba al lado de su mujer, y, sintiéndose culpable por haberse enfadado, le apretaba la mano a escondidas del aya. XVIII. A lo largo del día, mientras tomaba parte en las conversaciones más variadas, en las que no parecía interesarse demasiado, Levin, a pesar de su decepción por que no se hubiera operado en él el cambio que esperaba, no dejaba de sentir con alegría la plenitud de su corazón. Después de la lluvia todo estaba demasiado mojado para salir de paseo. Además, los negros nubarrones de tormenta no habían desaparecido del horizonte, y se desplazaban de un extremo al otro, acompañados del rumor del trueno. Todos los invitados pasaron el resto del día en casa. No hubo más discusiones. Al contrario, después de la comida, todos se hallaban en la mejor disposición de ánimo. Al principio Katavásov hizo reír a las señoras con sus originales bromas, que tanto gustaban a quienes lo trataban por primera vez. Luego, a sugerencia de Serguéi Ivánovich, les refirió sus interesantes observaciones sobre la vida y las diferencias de carácter y hasta de fisonomía de los machos y las hembras de las moscas caseras. Serguéi Ivánovich también estaba alegre y a la hora del té, a petición de su hermano, expuso su opinión sobre el futuro de la cuestión oriental, y lo hizo con tanta sencillez y elegancia que todos lo escucharon con placer. Kitty fue la única que no pudo escucharlo hasta el final, porque la llamaron para bañar a Mitia. Al cabo de unos minutos también llamaron a Levin a la habitación del niño. Dejando la taza de té y lamentando interrumpir una conversación tan interesante, se dirigió a la habitación del niño con inquietud, preguntándose por qué lo habrían llamado, pues sólo lo hacían en casos de importancia. A pesar de que le había interesado mucho el proyecto de Serguéi Ivánovich (que no había podido escuchar en su totalidad) sobre la nueva era histórica que estaban llamados a inaugurar los cuarenta millones de eslavos, en unión de Rusia, porque era un tema completamente nuevo para él, y a pesar de su curiosidad e inquietud por conocer la causa por la que le habían llamado, en cuanto salió del salón y se quedó solo se acordó de sus reflexiones de esa mañana. Y todas esas consideraciones sobre la importancia del elemento eslavo en la historia universal le parecieron tan insignificantes comparadas con lo que sucedía en su alma que por un instante se olvidó de todo y se abandonó al mismo estado de ánimo que le había embargado por la mañana. Esta vez no se puso a repasar, como solía hacer antes, todo el curso de sus pensamientos (ya no lo necesitaba). Una vez recobrado el sentimiento que lo había guiado, y que estaba relacionado con sus ideas, descubrió que era más fuerte y definido que antes. Ahora, para poder tranquilizarse, no necesitaba ir pasando de un razonamiento a otro hasta llegar al sentimiento que buscaba. Al contrario. Ahora la sensación de alegría y serenidad era más intensa que antes, y el pensamiento se quedaba rezagado. Paseaba por la terraza, contemplando dos estrellas que habían surgido en el cielo ya oscuro, cuando de pronto se le pasó por la cabeza: «Sí, mientras miraba el cielo, me dije que la bóveda que veía no era ninguna ilusión; pero eso no era todo, había algo más que me oculté a mí mismo. En cualquier caso, fuera lo que fuese, no puede haber ninguna objeción. Basta con que reflexione un poco más, y todo quedará aclarado». Ya se disponía a entrar en la habitación del niño cuando se acordó de lo que se había ocultado a sí mismo. Era lo siguiente: si la demostración principal de la divinidad consiste en la revelación de lo que es el bien, ¿por qué esa revelación se limitaba a la Iglesia cristiana? ¿Qué relación tenían con esa revelación las creencias de los budistas y de los mahometanos, que también predicaban y hacían el bien? Le parecía que tenía una respuesta para esa pregunta. Pero, antes de que tuviera tiempo de formularse la, entró en el cuarto del niño. Kitty, remangada, estaba al lado de la bañera en la que chapoteaba el niño. Al oír los pasos de su marido, se volvió hacia él y lo llamó con una sonrisa. Con una mano sostenía la cabeza del rollizo bebé, que flotaba de espaldas, moviendo las piernecitas, mientras con la otra le echaba agua por el cuerpo, apretando regularmente una esponja. — ¡Míralo, míralo! —dijo, cuando Levin se acercó—. Agafia Mijáilovna tiene razón. Ya reconoce a la gente. No cabía duda de que Mitia había empezado a reconocer a los suyos. En cuanto Levin se aproximó a la bañera, hicieron una nueva prueba, que despejó todas las dudas. La cocinera, a la que habían llamado por ese motivo, ocupó el lugar de Kitty y se inclinó sobre el pequeño, que frunció el ceño y movió la cabeza con aire descontento. Pero, cuando Kitty la sustituyó, la carita de Mida resplandeció con una sonrisa, puso las manos en la esponja y emitió un extraño ruidito de satisfacción que causó un entusiasmo inesperado no sólo en su madre y la niñera, sino también en Levin. El aya sacó al niño de la bañera con una sola mano, lo roció de agua, lo envolvió en una toalla, lo secó y, al ver que chillaba desesperado, se lo entregó a la madre. —Me alegro de que empieces a quererlo —le dijo Kitty a su marido, después de sentarse tranquilamente en su sitio habitual, con el niño pegado al pecho—. Me alegro mucho. La verdad es que estaba empezando a preocuparme. Decías que no sentías nada por él. — ¿Cómo voy a decir yo eso? Lo único que dije es que estaba decepcionado. —

¿Decepcionado del niño? —No de él, sino de mis sentimientos. Esperaba algo más. Esperaba que, como una sorpresa, brotara en mí un sentimiento nuevo y agradable. Pero, en lugar de eso, me embargó una mezcla de repugnancia y compasión... —Kitty escuchaba con atención por encima del niño, mientras se ponía en los finos dedos las sortijas que se había quitado para bañarlo—. Lo que quiero decir es que el temor y la compasión eran mucho más intensos que cualquier placer. Sólo hoy, después del miedo que he pasado durante la tormenta, he comprendido cuánto lo quiero. Una radiante sonrisa iluminó el rostro de Kitty. — ¿Te asustaste mucho? —preguntó—. Yo también, pero tengo mucho más miedo ahora que ha pasado todo. Voy a ir a ver el roble. ¡Qué simpático es Katavásov! En general, ha sido un día muy agradable. Eres muy bueno con Serguéi Ivánovich cuando te lo propones... Bueno, vete con ellos. Después del baño la habitación se llena de vapor y hace tanto calor que no hay quien aguante. XIX. Al salir de la habitación del niño y quedarse solo, Levin se acordó inmediatamente de ese pensamiento en el que había algo que no estaba claro. En lugar de pasar al salón, de donde le llegaba un rumor de voces, se detuvo en la terraza y, acodado en la balaustrada, se quedó contemplando el cielo. Había caído ya la noche, y en el sur, donde tenía perdida la mirada, no quedaba ya ni rastro de nubes. Ahora se amontonaban en el lado opuesto, donde aún se distinguía el fulgor de los relámpagos y se oía el retumbar lejano de los truenos. Levin prestaba oídos a las gotas de agua que caían cadenciosamente de los tilos sobre la hierba del jardín y contemplaba un conocido triángulo de estrellas, atravesado por una ramificación de la Vía Láctea. Cada vez que restallaba un relámpago, no sólo desaparecía la Vía Láctea, sino también las brillantes estrellas, pero, en cuanto el resplandor palidecía, volvían a aparecer en el mismo lugar, como arrojadas por una mano certera. «Bueno, ¿qué es lo que me preocupa?», se preguntó, convencido de que encontraría en el fondo de su alma la solución de sus dudas, aunque aún no supiera cuál era. «Sí, la única manifestación evidente e indudable de la divinidad es la ley del bien, que el mundo conoce gracias a la revelación y que yo siento dentro de mí. Al reconocerla, me uno, de grado o por fuerza, a otros hombres en una comunidad de creyentes que se conoce como Iglesia. ¿Y qué son los judíos, los musulmanes, los confucianos, los budistas?», se dijo, haciéndose otra vez esa pregunta que le había parecido peligrosa. «¿Es posible que esos cientos de millones de personas desconozcan ese bien supremo sin el cual la vida carece de sentido? —Se quedó pensativo, pero inmediatamente se corrigió—. Pero ¿qué es lo que me pregunto? —se dijo—. Me pregunto por la relación que tienen con la divinidad los distintos credos de la humanidad. Me pregunto por la manifestación general de Dios a todo el universo, que incluye todas estas nebulosas. Pero ¿qué estoy haciendo? Ese conocimiento indudable, inaccesible para la razón, se me ha revelado a mí personalmente, a mi corazón, y yo me obstino en expresarlo por medio de palabras y reflexiones. »¿Acaso desconozco que las estrellas no se mueven? —se preguntó, mirando un brillante planeta que había cambiado ya de posición con respecto a la rama más alta de un abedul—. Pero, al mirar el movimiento de las estrellas, no puedo imaginarme la rotación, así que tengo razón cuando digo que las estrellas se mueven. »¿Acaso los astrónomos habrían sido capaces de comprender y calcular algo si hubieran tomado en consideración los complejos y variados movimientos de la Tierra? Todas sus sorprendentes conclusiones sobre las distancias, los pesos, los movimientos y las revoluciones de los cuerpos celestes se basan únicamente en el movimiento aparente de los astros alrededor de una Tierra inmóvil, en el movimiento que observo en estos instantes, el mismo que han contemplado millones de personas durante siglos, que siempre será idéntico y siempre podrá verificarse. Y, de la misma manera que las conclusiones de los astrónomos serían vanas y tambaleantes si no se basaran en observaciones del cielo visible en relación con el mismo meridiano y el mismo horizonte, también serían vanas y tambaleantes mis conclusiones si no se basaran en esa comprensión del bien que siempre ha sido y siempre será igual para todos, que me ha sido revelada por el cristianismo y que siempre puede verificarse en mi alma. Así pues, la cuestión de las otras creencias y de su relación con la divinidad no podré resolverla nunca, entre otras cosas porque no tengo derecho a hacerlo.» —Pero ¿sigues ahí? —dijo de pronto Kitty, que se dirigía al salón por el mismo camino—. ¿Te pasa algo? —añadió, examinando atentamente su rostro a la luz de las estrellas. En cualquier caso, no habría podido verlo bien si un nuevo relámpago, que ocultó las estrellas, no lo hubiera iluminado. Cuando comprobó, gracias a esa luz, que su expresión era serena y alegre, sonrió. «Me entiende —pensó Levin—. Sabe lo que estoy pensando. ¿Se lo digo o no? Sí, voy a decírselo.» Pero en el momento en que se disponía a hacerlo, Kitty se puso a hablar. — ¡Oye, Kostia, hazme un favor! Vete a la habitación que hemos preparado para Serguéi Ivánovich y mira a ver si está todo en orden. A mí me da vergüenza ir. Y asegúrate de que le han puesto el lavabo nuevo. —Vale, lo haré sin falta —replicó Levin, incorporándose y besándola. «No, más vale que no le diga nada —pensó, cuando Kitty pasó por delante—. Es un secreto importante y necesario sólo para mí, y no puede expresarse en palabras.» «Ese sentimiento nuevo no me ha cambiado ni me ha hecho feliz ni me ha iluminado de pronto, como soñaba, lo mismo que me ha pasado con mi hijo. Tampoco en ese caso ha habido ninguna sorpresa. Yo no sé si a esto se le puede llamar fe o no, pero ese sentimiento ha penetrado de manera imperceptible en mi alma con los sufrimientos y

ha arraigado con firmeza.» «Seguiré enfadándome con el cochero Iván, seguiré discutiendo, seguiré exponiendo mis ideas sin venir a cuento, seguirá existiendo un muro entre el santuario de mi alma y los demás, incluida mi mujer; seguiré culpándola de mis propios miedos y arrepintiéndome; seguiré sin comprender con la razón por qué rezo, sin por ello dejar de hacerlo. Pero ahora mi vida, toda mi vida, desde el primero al último de sus minutos, independientemente de lo que pueda sucederme, no sólo no carecerá de sentido, como antes, sino que tendrá el sentido indiscutible del bien, al que seré capaz de conformar todos mis actos.» Fin (*trustees of columbia university in the city of New York address*).

## 0801 19 Octava Parte Cap Tulos I Al Xix Anna Kar Nina

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>